

REFORMISTAS ANTIGUOS ESPAÑOLES

XVI

JUAN VALDES

ALFABETO
CRISTIANO

(Londres, 1861)



BARCELONA

Librería de Diego Gómez Flores

ALFABETO CRISTIANO

DE

JUAN DE VALDÉS.

REIMPRESIÓN FIEL DEL TRASLADO ITALIANO:

AÑÁDENSE AHORA DOS TRADUCCIONES MODERNAS,

UNA EN CASTELLANO, OTRA EN INGLÉS.

"VALDEVSIO HISPANUS SCRIPTORÆ SUPERBIAT ORBIS."



LONDRES. AÑO DE MDCCCLXI.

Et principio quidem eo te modo docere incipiam,
quo solent pueri instituí in scholis, hoc est,
quoddam tibi SPIRITUALE tradam ALPHABETUM.

Vita D. Joannis Tavleri. Opera 5mnia. París. 1623.

Et voglio sgannarvi in questo, che io non vi do
queste regole, perche stiate legata, ad esse, perche
la 'ntentione mia è, che non vi serviate di loro, se non
come d' uno ALFABETO CHRISTIANO, per mezzo del
quale possiate venire alla perfettione christiana.

ALFABETO CHRISTIANO, fo. 44vto.

CONSIDERANDO, entre mí, con sentimiento, perdido probablemente para siempre, el original castellano, de este áureo Tratado de Valdés; y juzgando, al mismo tiempo, que él sería una adición de gran precio, a las cuatro obras, que del mismo Autor tengo publicadas; me resolví a trasladarle del italiano, usando casi las mismas palabras que el traductor empleó, pues él asegura, no haber alterado las del autógrafo castellano. Mas, como en el antiguo impreso italiano, hay (a mi entender), unas treinta y siete erratas sustanciales; no las admito en mi versión, pero las he indicado, poniendo letra diferente, o mi corrección dentro de este signo [].

Hecha la traducción, pensaba imprimirla, aquí dentro de España, sola, y de por sí, aunque con muchas Notas, y Observaciones. Pero, viendo yo, por una parte, la importancia, y rareza, del antiguo impreso italiano; y reflexionando, por otra, sobre el absoluto desprecio, con que la generalidad de los españoles mira todavía, aun los rudimentos de la religión cristiana, y la sistemática oposición con que la combaten, los que se tienen por maestros, o ministros de ella; alteré mi primer propósito. Preguntando, pues, a mi amigo Benjamín B. Wiffen, si querría encargarse, de que, a mi sola costa, y no para venta general, como lo demás que he impreso, se reimprimiese en Londres, la versión antigua italiana del ALFABETO, junto con mi traslado castellano; él me respondió que sí; y, de paso, me notificó, que él también había hecho, para su uso, una traducción al inglés, que podría acompañar a la mía.

Acogí, desde luego, con gusto, este inesperado regalo. Porque me es grato, (en la imposibilidad de reproducir el autógrafo castellano del ALFABETO, tal cual Valdés le trazó), asegurar, a lo menos, y con creces, su conservación, en el traslado, que del hizo Marco Antonio Magno; acompañándole con las muestras de amistad hacia Valdés, que podíamos dar, los que, transcurridos trescientos años, gustamos aun de sus escritos.

No debo dejar de advertir, que los números marginales, f. 2., f. 3., etc., en la versión castellana, corresponden con la foliatura de la italiana, y pueden servir para facilitar su cotejo. y que donde en la traducción española hay asterisco *, denota que la voz allí puesta, conserva escrupulosamente el modismo italiano.

Y, sin más preámbulo, permítaseme hacer notar ahora lo siguiente, refiriéndome al traslado italiano.

Fol. 17. vto, en qué dice, consistir la perfección cristiana; cómo recalca la idea al fol. 18., y lo que añade al 29.

Al fol. 37., la reprobación del conocimiento de Cristo por costumbre,

Fol. 39—41., la manera ingeniosa y verdadera, con que muestra, ser, los efectos, que obra el Espíritu Santo en nosotros; pruebas, y seguridades, de la verdad del Evangelio.

Fol. 43. r. 12., la voz credulita, por credenza, no se usa ya en italiano.

Fol. 44. vto, No se dan reglas, en este ALFABETO que aten, o encadenen. y la idea se corrobora en el fol. 45. con mayor fuerza.

En el fol. 47. vto, r. 8. leo yo, traduciendo, Et se [quel`che] ui offerísce, &c.

En el fol. 57., al hablar de la misa, las referencias, aluden al Misal Romano. Así p. e. cuando cita el texto de la Ep. a los Filip. Hoc sentite, &c., debe acudirse, en el Misal, al 14 de septiembre, misa de la Exaltación de la Cruz, si se quiere verificar bien la cita, y sus motivos.

En la p. 142. r. 5. del español, donde en lugar de - divinidad - pongo - dignidad, lo hago, porque, después de bien pensado, no tengo duda que la voz divinitá, fol. 57. vt0, r. 2. del italiano, es una clara errata por dignita. Valdés escribió seguramente dignidad.

En el fol. 62. vto, se confunde, a mi parecer, la autoridad dada a los Apóstoles, por Jesucristo; con la que se arrojan los que hoy se llaman sacerdotes, dándosela ellos a sí mismos.

En el fol. 64. Vto, y en otros, habla del Predicador, como si Valdés, le hubiera dictado lo que predicó. Puede, así, aludirse a Pedro Mártir Vermiglio, o a Bernardino Occhino, que predicaron, por entonces, en Nápoles, con gran aceptación, y que fueron, hasta cierto punto, discípulos de Valdés.

En el fol. 73., sugiere, el cerrar los libros ajenos, para ocuparse únicamente en leer el propio libro. Si esta determinación se toma, teniendo presente lo que ya dejo notado, sobre el fol. 44 vto*; no puede entenderse absolutamente, o como suena: pues, a muchos, para mejor leer, y entender el propio libro, pienso yo, que les aprovechará, no poco, y aun les será indispensable lección, la de los libros ajenos, si llevan siempre en la memoria: que todo hombre, en sus lecturas, lo mismo que en todas sus acciones, tiene la obligación, de consultar a su conciencia, que, dentro de cada uno, es la voz de Dios, que debemos escuchar, y seguir, con preferencia, a todos los libros, guías, y maestros humanos. Este es el principio fundamental de toda virtuosa libertad, y de toda moral, y religión.

Lo que acabo de observar, me parece también relacionado, y aplicable, a la idea que más descuella por todo el ALFABETO, quiero decir, a cuanto en él se discurre, sobre el necesario abandono, o renuncia del amor propio, del amor de nosotros mismos. Si el repetido combate, que en este ALFABETO se hace al amor propio; se arregla y entiende, al tenor de lo que se lee en el fol. 7.; me parece, que nada puede oponerse, a la doctrina de Valdés. Nos dice allí, que procuremos apacentar, o nutrir, esto es, dar vida y fuerzas, a nuestras almas, con cosas, no corporales, sino espirituales: que procuremos anteponer las cosas celestiales, a las mundanas. Según esto, renunciar al amor propio, equivale a sujetar, o sacrificar los más bajos e inferiores principios de nuestra naturaleza, a los más elevados, y sublimes: porque así venimos a reconocer prácticamente, la supremacía, y dignidad, de nuestras facultades racionales, y morales; y venimos a considerar nuestro mismo cuerpo, y nuestro entero ser, de una manera reverencial; y a conocer más a fondo, los dones internos, y externos con que Dios nos ha dotado. Entiendo, pues, que Valdés quería, que Julia Gronzaga, desechase, no el cuidado, y el amor recto, de su ser, y naturaleza; sino el extravío de su amor propio:— y que cuando su mente, su cuerpo, o su condición, la sugiriesen pensamientos de placer, de vanidad, o de orgullo; cuando sintiese debilitarse en ella, por cualquier motivo, el amor del prójimo, vencida por el amor de sí misma; entonces combatiese al amor propio, y le desechase; y reconociese su mancomunidad de origen, y obligaciones, con la naturaleza humana; y recordase, la dependencia de toda criatura, al Criador ; y por consiguiente, la dependencia e inferioridad del amor propio, al amor de Dios. Si no entendemos así, la guerra declarada, por todo este libro, al amor propio ; es menester suponer, que Valdés pretendía una imposibilidad, porque no es posible, que, dejemos de amarnos a nosotros mismos. Pero ya él responde a esa objeción, cuando se la presenta Julia. I, a la verdad, que el verdadero amor de nosotros mismos; y el recordarnos cada hora de nuestro entero ser, es, en nosotros, un deber, al mismo tiempo que una cotidiana necesidad, y especialmente necesaria, paraque conformemos todas nuestras acciones a la voluntad de Dios.

LUIS DE USÓZ y RIO.

MADRID, 1. 3º m. 1861.

ALFABETO CRISTIANO,

QUE ENSEÑA EL VERDADERO CAMINO DE ADQUIRIR LA LUZ DEL ESPÍRITU SANTO. *

Impreso con gracia y privilegio. El año M. D. XLYI.

A LA ILUSTRÍSIMA SEÑORA,

La Señora Dona Julia Gonzaga, su Señora,

Marco Antonio Magno.

Habiendo leído el Diálogo en lengua Castellana, que tiene por título Alfabeto Cristiano, compuesto por una persona que no ha querido nombrarla, ¿hala adquirido de hecho, moviendo al lector a la piedad cristiana, más que otra cosa que yo jamás leyese: me ha parecido, para más encenderme a seguir el verdadero camino de Cristo, que él nos enseña, trasladarlo a nuestra lengua Italiana, cuanto más claramente he sabido, no cuidando {con tal que sea entendido} de otras observancias de hablar Toscano, más solamente, de usar casi las mismas palabras, que usa el Autor. y así, mando a V. S. Ilustrísima, la elije de sí propia, para que vea, yo he también sabido hacerla razonar en su lengua, como el compositor de la obra, la supo inducir con razonamientos tan divinos, al amor del Espíritu Santo.

A LA ILUSTRÍSIMA SEÑORA, LA SEÑORA DOÑA JULIA GONZAGA.

Forzado por el mandato de V. S- Ilustrísima, fuera de toda opinión mía, he escrito en Diálogo, todo aquel razonamiento cristiano, en el cual, el otro día, volviendo del sermón, tanto nos embebimos, que fue necesario, que la noche le concluyese. I, si bien me acuerdo, no falta cosa ninguna de cuantas allí se razonó, ni hay cosa, que, aquí, no haya sido examinada. Léalo Y. S. cuando tuviere tiempo, y si alguna cosa faltare, y si otra hallarle de sobra, y si nuevamente se la ofreciere, qué replicar, en torno a lo que se ha dicho; adviértamelo: porque añadiendo lo uno, y quitando lo otro, al fin, el Diálogo quedará bastante conforme a su voluntad. Pues que mi intención ha sido solamente, la de ayudar, y satisfacer a Y. S. y esto podrá servir de respuesta, tanto a las personas, que viendo este Diálogo, le tuvieren por mui estricto y riguroso; como, a las que les pareciere, que sea algún tanto libre y licencioso, no considerando, que yo no le razoné con ellos, ni le escribí para ellos, sino solamente con Y. S., y para Y. S., y juntamente, para todas aquellas personas, que en su nombre, y como de cosa suya, se quisieren valer, y servir de él. De Y. S. quiero solamente dos cosas, en remuneración del trabajo que he tomado estos días en escribir esto. La una es, que no dé más fe, ni más crédito, a esto que aquí leyere, de cuanto le pareciere y juzgare, que está fundado en la sagrada Escritura, y va dirigido, y enderezado, a la perfecta caridad cristiana, que es la señal por la cual Cristo quiere, que sus cristianos, entre todas las personas del mundo, sean conocidos y diferenciados. La otra es, que se sirva de este Diálogo, como se sirven de la Gramática, los niños que aprenden la lengua latina, de manera, que lo tome como un ALFABETO CRISTIANO, en el cual se aprenden los principios de la perfección cristiana, haciendo estima, de que aprendidos estos, ha de dejar el alfabeto, y aplicar su ánimo a cosas mayores, más excelentes, y más divinas. Esto conviene que haga Y. S. como la digo, tanto por utilidad suya, cuanto para seguridad mía. Porque, haciendo así, ni yo caeré en el error, que caen aquellos, que venden sus escrituras, e imaginaciones, al mismo precio que venden la sagrada Escritura, con lo que mucho más dañan, que aprovechan ; ni Y. S. caerá en el inconveniente en que caen las personas, que con una santa simplicidad, sin pensar más adelante, se aplican a leer en las escrituras de los hombres. A las cuales, muchas veces acontece, que hallando en ellas, la leche de la doctrina de los principiantes, tornan tanto gusto con ella, que persuadiéndose de poder con sola ella alcanzar la perfección cristiana, no cuidan de ir a buscar el alimento de los perfectos, el cual solamente se halla en las divinas Escrituras. Porque ellas solas de tal manera se acomodan a la capacidad de quien las lee, que al principiante dan leche, y al aprovechado dan el manjar conforme a su provecho. De donde nace, que tales personas dependientes de las escrituras de los hombres, y con ellas atadas; siempre se quedan imperfectas, aunque muchas veces se juzguen y tengan por perfectísimas. Por lo cual, deseando yo, que Y. S. no se tenga jamás, ni juzgue por perfecta, y que en verdad lo sea a los ojos de Dios, y del mundo, quiero, que no se adhiera a este escrito, ni le tenga en más aprecio del que debe tenerse el escrito de un hombre, que deseoso de ayudarla en este negocio cristiano, la muestra el camino, por el cual podrá llegar a Cristo, y unirse con Cristo. y quiero, que su intención sea, hacer a Cristo pacífico poseedor de su corazón, de tal manera, que Él rija, y gobierne absolutamente, y sin contradicción alguna todas sus cosas. y cuando Y. S. habrá hecho esto, créame, que no se sentirá [en] necesidad de cosa ninguna, de cuantas en esta presente vida la pudieren dar entero, y verdadero reposo y contento. Porque Cristo mismo, la colocará, y pondrá en los pastos amenísimos del conocimiento de su divinidad, en los cuales, quieta y reposadamente dormirá, y reposará. y cuando yo viere y conociere a Y. S. en este glorioso estado, cierto, y seguro de su provecho espiritual, no dudaré en creer, que mi intención, en este escrito, ha sido toda cristiana, y que el ánimo con el cual Y. S. le ha leído, ha sido discreto, humilde y puro. Dios nuestro Señor lo haga, conforme a lo que Y. S. Ilustrísima ha menester, y a lo que yo, como su aficionadísimo servidor, continuamente deseo.

Alfabeto Cristiano

JULIA, VALDÉS.

JULIA Tengo tanta seguridad en nuestra amistad, que me parece puedo libremente comunicar con vos aun aquellas cosas que apenas se revelan al confesor. Por lo cual, queriendo ahora participaros algunas en las cuales me va más que la vida, os ruego que si no tenéis algo que mucho os importe en otro lugar, seáis contento de oírme atentamente lo que yo os quiero decir. Y mirad, que si no pensáis estar muy atento por tener el pensamiento en otra parte, decídmelo libremente, porque esto lo podré yo dejar para otro día.

VALDÉS Antes, Señora, recibo merced de que me mandéis que me quede. Y ya sabéis que no tengo negocios que me puedan impedir, sobre todo en lo que toca a vuestro servicio.

JULIA Ahora bien, dejando de lado las vanas retóricas y las ceremonias inútiles, que están de más entre nosotros, quiero que sepáis que ordinariamente vivo tan descontenta de mí misma y de todas las cosas del mundo, y tan disgustada, que si vieséis mi corazón, estoy segura de que me tendríais lástima, porque en él no hallaríais sino confusión, perplejidad e inquietud. Y esto, ya más, ya menos, según las cosas que se me ofrecen. Mas nunca siento tanta calma en mi ánimo, que queriendo hacer cuenta con él, pueda acabar de entender qué es lo que querría, qué le satisfaría, o con qué se contentaría, de modo que no puedo pensar qué pudiese ofrecérseme hoy en día que bastase a quitarme esta confusión y calmarme esta inquietud, y resolverme esta perplejidad. De esta manera que os digo hace ya muchos años que vivo, en los cuales, como sabéis me han acontecido tantas cosas que bastarían para alterar un espíritu sosegado, tanto más para inquietar y confundir un ánimo disgustado y confuso como es el mío. Sabed, además de esto, que en los primeros sermones que oí a nuestro predicador, me persuadió con sus palabras de que por medio de su doctrina podría serenar y apaciguar mi ánimo, pero hasta ahora me ha sucedido al revés de lo que pensaba. Y aunque atribuya esto más a imperfección mía que a defecto suyo, todavía me da pena el ver que no se haya realizado mi esperanza y aunque esto fuese tolerable, sin embargo, lo malo es que en vez de sanar de una enfermedad he entrado en otra sin haber salido de aquélla. Esta es una contrariedad grandísima y muy cruel, que siento dentro de mí tan enojosa y fastidiosa que, por mi salud, muchas veces se me vienen las lágrimas a los ojos, por no saber qué hacer de mí, ni en quién apoyarme. Esta contrariedad la han engendrado en mi ánimo los sermones del predicador, mediante los cuales me veo fuertemente combatida, de una parte, por el temor al infierno y por el amor al paraíso, y de otra, por el temor de las lenguas de las gentes y por el amor a la honra del mundo. De suerte, que dos temores y dos amores, o por mejor decir, dos afectos de temor y otros dos de amor, son los que pelean en mí y me tienen tal desde hace unos días. Que si vos sintieseis lo que yo siento, os maravillaríais cómo lo pueda yo pasar y disimular. Esto es lo que en mí se halla, y en este estado que os he dicho mal o bien, como he sabido, están mis cosas. Y pues habéis mostrado tanta afición y voluntad de ayudarme en las cosas exteriores, os ruego seáis contento de ayudarme y aconsejarme en estas interiores, puesto que sé muy bien que si vos queréis, tenéis más parte para ayudarme en éstas que en las otras.

VALDÉS Decid, Señora, libremente todo lo que de mí queréis, y podéis estar cierta de que todo lo que podré y sabré lo emplearé en vuestro servicio siempre.

JULIA Con esta confianza he entrado con vos en esta plática, con la cual primeramente quiero que me digáis dónde creéis que nazca la confusión, duda y perplejidad, que hace ya tanto tiempo siento en mi ánimo, y si pensáis que podría remediarse y qué medio podría tenerse para esto. Y dicho esto, me diréis acerca de la contradicción que me ha nacido, desde que asisto a estos sermones, si sería posible por alguna vía apaciguarla

o por acuerdo o verdaderamente o por contienda, porque de ninguna manera es posible poder durar mucho en esta tempestad de afectos, de apetitos, de imaginaciones y de diversidad de voluntades, y no quiero que perdáis tiempo en excusaros con las acostumbradas, por no decir fingidas, humildades, que en tal caso muchas veces se suelen usar.

VALDÉS Antes, sin más pensar, luego daré principio. Todavía, primero quisiera que me prometieseis una cosa.

JULIA ¿Qué cosa?

VALDÉS Que, si os hago capaz de la verdad, de donde proceden vuestra confusión inquietud y contrariedad, y os muestro el camino por el cual os podréis librar de la una y de la otra, me deis vuestra fe y palabra de que caminaréis por él.

JULIA Si estuviera tan segura de que haréis eso que decís, como estoy segura de que en tal caso haré lo que me pedís, ya comenzaría a tranquilizarme.

VALDÉS Bueno, yo espero, no tanto en mi habilidad o suficiencia cuanto en la afición y voluntad que tengo de servirlos, y, asimismo, en vuestro vivo ingenio y en claro juicio, y sobre todo en la gracia de Dios, que antes que yo de aquí me vaya, no sólo sabréis lo que deseáis, sino que entenderéis y conoceréis el camino por el cual os podréis librar de la antigua enfermedad y de la accidental. Estad atenta, Señora, para que sobre cada cosa de la que os hablaré podáis replicarme lo que se os ocurriera.

JULIA Así lo haré.

VALDÉS Para que entendáis, Señora, de dónde procede el trabajo y confusión que habéis dicho sentís hace ya muchos años, quiero que traigáis a vuestra memoria cómo es hecho el hombre a imagen y semejanza de Dios.

JULIA Dadme a entender qué es esta imagen y semejanza de Dios.

VALDÉS Antes quiero que san Pablo os la declare y así lo entenderéis por lo que dice a los Colosenses, cuando, amonestándoles que uno con otro traten verdad, les aconseja que para eso se despojen del hombre viejo con todas sus obras y afectos y que se vistan del hombre nuevo, el cual se renueva mediante el conocimiento de Dios y conforme a la imagen y semejanza del que lo crió. Y también lo entenderéis por lo que dice el mismo san Pablo a los de Éfeso, trayéndoles a la memoria que con ser cristianos han aprendido a desnudarse del hombre viejo y renovarse espiritualmente y vestirse del hombre nuevo creado a imagen y semejanza de Dios. De donde parece que en tanto el hombre conserva y guarda en sí la imagen y semejanza de Dios, en cuanto ve, conoce y entiende y gusta las cosas espirituales viviendo y conversando espiritualmente. Sabido esto y examinado qué son las cosas que ponéis ante vuestro ánimo, entenderéis claramente cómo toda la inquietud y todo el afán y toda la confusión que sentís, procede de que vuestro ánimo quisiera que procuraseis restituirle la imagen de Dios a la cual fue creado y de la que parece que le habéis privado obedeciendo a vuestros afectos, y vos, perseverando en borrar esta imagen, le ponéis ante cosas transitorias y terrenas y en nada dignas de aquella excelencia para la cual fue creado. Y por eso no se puede satisfacer ni contentar con ninguna de ellas y os parece que no sabe lo que se quiere y por eso también no sabéis ponerle ante lo que él quisiera. Esto mismo que os pasa, pasó siempre a las personas del mundo, de ingenio especulativo y juicio claro, las cuales, conociendo en verdad que sus ánimos no hallaban ni podían hallar entera satisfacción en las cosas corporales, se dieron a buscarla en las cosas que pertenecen al ánimo. Pero como les faltaba la luz sobrenatural, con la cual solamente se halla, ve y conoce la verdad, continuamente anduvieron peregrinando en diversidad de opiniones y pareceres. Y así, unos buscaban la felicidad en una cosa, y otros en otra. Las cuales no me entretendré en referíros las aquí, porque no vienen a vuestro propósito. Basta que sepáis esto, que todos ellos se engañaron y jamás pudieron imaginar, no digamos acertar, las cosas en las cuales consiste la felicidad verdadera, y si ellos hubieran tenido un poco de lumbré de fe facilísimamente

y con la gracia de Dios la habrían conseguido, y así habrían aquietado y pacificado sus ánimos. ¿Habéis entendido la causa de donde procede vuestra inquietud, confusión y trabajo?

JULIA Sí, muy bien.

VALDÉS Pues ahora sabed que se puede muy bien remediar y que el remedio está en vuestra mano.

JULIA ¿En mi mano?

VALDÉS Sí, en vuestra mano, porque siempre que queráis disponeros a hacer lo que os digo y que san Pablo dice, en cuanto al renovar y restaurar en vos la imagen y semejanza de Dios, encontraréis la paz, la quietud y el sosiego del ánimo.

JULIA ¿Y cómo he de hacer esto?

VALDÉS Apartando vuestro ánimo de las cosas caducas y transitorias y aplicándolo a las estables y eternas, no queriendo ni procurando alimentarlo con cosas corporales sino espirituales, no alimentándolo de cosas mundanas sino de cosas celestiales. Y hallando así vuestro animo el verdadero pasto, y viéndose vestido de aquel nuevo hombre, a cuya imagen y semejanza fue creado, vivirá siempre alegre y contento y aquí en esta vida comenzará a gustar de la felicidad de la que esperará gozar perpetuamente en la vida eterna: siendo así que la felicidad del hombre consiste en conocer, con lumbre de fe a Dios por Cristo y en la unión del alma con Dios mediante la fe, esperanza y caridad. A la cual felicidad solamente llega el verdadero cristiano.

JULIA Bien creería esto que decís, porque en verdad me parece fundado en razón; más conociendo muchas personas que tienen tan y aun quizá más borrada la imagen de Dios que yo la tengo, y no presentando a sus ánimos cosas más espirituales que yo presento al mío, viven a gusto y hallan contento y satisfacción en las cosas de este mundo, no sé qué cosa creerme.

VALDÉS Esas tales personas tendrán ánimos bajos y plebeyos, y por eso se darán paz con cosas bajas y plebeyas. Pero un ánimo gentil y generoso como el vuestro no puede aquietarse ni sosegar sino con la dignidad para la que fue creado. Por tanto, vuelvo a decir que si estáis disgustada y si vivís en confusión, es porque no volvéis vuestro ánimo a las cosas espirituales y divinas, y porque lo tenéis siempre ocupado en la contemplación de estas cosas bajas y transitorias. Esto lo entenderéis mejor por esta comparación. Parten dos personas de aquí para ir a España, de las cuales una es tan descuidada y olvidada de sí misma que si en el viaje le acontece algo agradable y deleitable, no solamente lo toma y goza, sino que olvidado de su viaje principal, con el cuerpo y con el ánimo se regocija y se entretiene con ello. Y la otra, por el contrario, es tan solícita y diligente que con todos los pasatiempos y fiestas que se la ofrecen, porque sabe y está cierta que allí no ha de quedarse, no los gusta ni se deleita con ellos, antes muchas veces le son enojosos y fastidiosos, considerando que son impedimento y embarazo para su camino principal. Y esta tal persona entonces tendrá menos satisfacción de estas cosas, cuando tendrá más impreso en la memoria su viaje principal, y aun cuando a veces se olvide de sí misma, y se olvide de su viaje, todavía le queda impreso en la memoria un no sé qué que la hace no hallar gusto en cosa alguna de las que en el viaje se le ofrecen. De esta misma manera, nos hallamos nosotros en esta vida, pues nacimos todos y fuimos creados, para conocer a Dios y creer en Dios y amar a Dios y después en la otra vida gozar de Dios. Sin embargo, hay algunas que apacentadas con los placeres de este mundo, no sólo se deleitan y se dan paz en ellos, sino que del todo se olvidan de la otra vida para la cual fueron creadas. Y también hay otras a las que siéndoles ofrecidos los mismos deleites y placeres, no los gustan, ni toman sabor de ellos, antes muchas veces les son fastidiosos e insípidos, teniendo siempre la mira en la otra vida para la cual Dios las creó. Y aunque olvidadas un cierto tiempo de sí mismas, pierdan la memoria de la otra vida, pues Dios está siempre a la puerta y llama, será imposible que hallen gusto ni sabor en las cosas de ésta, y sí pensarán o procurarán en él hallarlo, vivirán en la confusión y fastidio y en la inquietud que vos, Señora, vivís. De manera que pues aquel que bien sabe gozar de este mundo, goza de él no como de cosa propia, ni que le haya de durar, sino como goza el curioso y solícito viandante de los pasatiempos y fiestas que se le ofrecen en el camino, soy de parecer que vos, Señora, hagáis lo mismo: volved en vos, abrid las

orejas de vuestra alma para que podáis oír las voces de Dios, y pensad como buena cristiana que en esta vida no podéis tener más reposo ni más contentación que los que os vendrán mediante el conocimiento de Dios y de la fe y amor de Dios, y muy de veras afirmaos en este pensamiento, dejando a un lado todas las cosas que son transitorias y que no pueden durar, y haciéndolo así, os prometo que tardaréis mucho menos en sosegar y mitigar y dar paz a vuestro ánimo que lo que habéis tardado en inquietarlo. Y si no os sale esto así, soy contento de que jamás deis crédito a nada de cuanto os diré.

JULIA Verdaderamente creo habéis adivinado la causa de donde procede mi enfermedad, sin errar un punto. ¡Oh Dios, ayúdame!: ¡cuán ciegas andamos nosotros personas en el mundo! Asimismo, estoy cierta de que habéis también acertado en darme la medicina con la cual sane la enfermedad. Faltará que yo me encomiende a Dios y la tome, que del sanar no tengo duda, mayor-mente teniendo como tengo al médico de mi parte.

VALDÉS El verdadero médico de las almas es Cristo, crucificado. Poned en El solo toda vuestra confianza y lo acertaréis.

JULIA Porque de lo que habéis dicho me ha venido a la memoria una duda, en la cual suelo pensar muchas veces, os ruego que sobre esto me digáis vuestro parecer.

VALDÉS Preguntad a vuestro gusto.

JULIA Querría saber de vos de dónde les viene a las personas esta ceguedad de andarse perdidas tras cosas que deleitan al sentido, olvidadas de aquellas de las que principalmente deberían tener continuo cuidado.

VALDÉS Estas son reliquias del pecado original.

JULIA Esto es lo que no entiendo. Dicen que en el bautismo nos perdona Dios el pecado original. Pues que así es que nos lo perdona, ¿cómo nos deja estas malas inclinaciones y esta ceguedad, que son tan perjudiciales para nuestra salvación?

VALDÉS Esto, Señora, lo habéis de entender de esta manera: que en el pecado original se consideran Pecado dos cosas, una, la culpa, y otra, la mala inclinación, que es ésta de la que vos habláis. Y así es que en el bautismo mediante la fe Dios nos perdona la culpa del pecado, y en cuanto a la mala inclinación poco a poco nos la va curando, y medicinando con su gracia de tal manera que tanto podría una persona hacerse perfecta con la gracia y favor de Dios, que casi viniese a perder todas las malas inclinaciones, todos los desenfrenados apetitos y todos los desordenados afectos que reinan en nosotros por el pecado original. Conforme es a esto lo que dice san Agustín, que el Espíritu de Dios restaura y renueva en nosotros la imagen y semejanza de Dios a la cual fuimos creados. Todavía lo entenderéis mejor por este ejemplo. Tiene un gran señor un servidor, al cual ama mucho y le hace mucho favor y gracia. Hace éste una ofensa grande al señor por la cual no solamente le priva de todo su favor y de toda su gracia, sino que con justo desdén le condena a muerte. Acontece que con el tiempo otra persona, acepta al señor, ruega por aquel servidor, al cual el señor por contemplación de aquella tal persona le hace gracia de la vida y, aunque no le admite al mismo grado de favor y gracia que antes que pecase tenía, le da entrada en su palacio y cámara para que, con el tiempo, pueda volver a entrar en el grado que antes estaba.

JULIA Con el ejemplo lo acabo de entender y me satisface tanto que quedo tranquila y sin ningún escrúpulo en cuanto a esto, y no penséis haber hecho poco.

VALDÉS Si hablase yo con persona de bajo, grosero y rudo ingenio, bien creería haber hecho algo, más porque con quien he menester de poca industria para hacerla capaz de la verdad, de modo, que no tendré de qué gloriarme sino solamente del crédito que dais a mis palabras.

JULIA Bueno, dejemos esto, vengamos a lo que hace al caso y decidme vuestro parecer acerca de la contradicción que siento.

VALDÉS Digo, Señora, que así como os compadezco y me duelo de que viváis en la confusión de que hasta aquí hemos hablado, así también estoy alegre y contento de que sintáis la contradicción que decís.

JULIA ¿Por qué?

VALDÉS Os lo diré. De la confusión me duelo, porque procede de culpa vuestra, como hemos dicho, y redundo en daño vuestro, como vos misma experimentáis; y de la contrariedad me alegro, porque conozco que procede de que la predicación del Evangelio hace en vos su primer efecto.

JULIA ¿Por qué llamáis a la contrariedad primer efecto de la predicación evangélica?

VALDÉS Porque así como lo primero que hace la luz entrando en una cámara oscura es echar fuera las tinieblas y manifestar y descubrir lo que con la oscuridad no se veía, así, de la misma manera, cuando la luz de la verdad evangélica comienza a resplandecer en el ánimo de una persona del mundo, echando en algún modo las tinieblas y oscuridades tanto de la sensualidad cuanto de la razón humana, descubre y saca a luz lo que estaba cubierto, y entonces esa tal persona, volviendo en sí, comienza a sentir cómo lo que antes tenía por bueno es malo y lo que juzgaba por verdadero es falso y lo que le parecía dulce es amargo. Y porque, por nuestra incapacidad y fragilidad, la luz de esta verdad evangélica no resplandece en los principios tanto en nuestros ánimos cuanto sería menester para desde luego echar fuera de ellos del todo la oscuridad, de tal suerte que clara y manifiestamente pudiésemos conocer el valor y ser de las cosas, acontece, que combatiendo todavía las tinieblas con la luz y la razón humana con el espíritu cristiano, y hacen que se sientan los terremotos de contradicciones internas que vos, Señora, sentís. De esto tenemos tantos ejemplos así en la historia de Cristo que escribieron los Evangelistas como en la que escribió san Lucas de los hechos de los Apóstoles, como también en las epístolas de san Pablo, que si yo quisiese alegaros los lugares uno por uno, gastaríamos el tiempo en esto, y para no gastarlo los dejaré, porque vos misma, pues que tenéis el testamento nuevo en vulgar, los leáis, señalándooslos yo. Solamente os quiero decir esto: que podéis tener por don y beneficio de Dios esta contradicción que sentís, y que os debéis servir de ella dando lugar a la luz que resplandezca más en vuestra alma, y de este modo seréis libre de la contradicción y os haréis capaz para recibir los otros dones de Dios, que serán dulces y sabrosos y os guarde Dios, Señora, de no sentir esta contradicción, porque es señal de dureza y obstinación.

JULIA Al fin, la resolución, ésta es la resolución que no puedo acabar de entenderos. Todo el tema del predicador es decir que la predicación del Evangelio aquieta y pacifica las conciencias, y vos ahora decís todo lo contrario. No sé qué deciros, sino que no os entiendo.

VALDÉS Pues yo haré que nos entendáis y, entendidos, conoceréis que ambos a dos decimos bien y que en nuestras palabras no hay contradicción. Yes así que el predicador dice muy bien que la predicación del Evangelio aquieta y pacifica las conciencias. Mas habéis de entender que hace este efecto en todas aquellas personas que reciben y abrazan a Cristo mediante la fe de modo que, mediante la predicación del Evangelio que anuncia remisión y perdón de pecados por Cristo, la fe pacífica y aquieta las conciencias, más las de aquellos que tienen viva y entera fe. Asimismo, digo yo bien que la propia predicación engendra contradicción, terror y espanto, más en aquellas personas que, si bien oyen la predicación, no se determinan a abrazarla mediante la fe, ni la miran sino como si fuese ley de doctrina moral, y hallando que es contraria a sus afectos y apetitos y deseando conformarla con ellos, una vez quieren una cosa y otra vez desean otra, y no acabando de determinarse, sienten bien uno de los efectos de la predicación evangélica, mas no gozan de su fruto. ¿Habéis entendido?

JULIA Sí, muy bien, pero no entiendo por qué os agrada el verme en esta contradicción.

VALDÉS Porque es señal de que escucháis la doctrina, y si bien la predicación evangélica no obra en vos su oficio principal, que es el que el predicador dice, a lo menos me alegro de que hace el oficio de la ley, que es el que yo digo, y espero en la gracia de Dios, que después que en vos hubiere hecho oficio de ley, hará también oficio de Evangelio.

JULIA Me parece que voy entendiendo lo que queréis decir, pero tendré gusto en entender un poco más particularmente cuál es el oficio de la ley y cuál es el oficio del Evangelio.

VALDÉS Antes muy bien es, Señora, que entendáis lo uno y lo otro. Y sabed que la ley es regla de la conciencia, y así es que la conciencia no es otra cosa sino ley entendida, su oficio es mostrar el pecado, y también aumentarlo. Lo uno y lo otro entendió san Pablo por experiencia y, como bien experimentado, lo escribe a los Romanos en aquella su excelentísima epístola, y él mismo dice que la ley obra ira, porque las personas se resienten, se enojan y se alteran cuando con ley son apretadas. Dice más, que la ley es espiritual, porque no la guarda enteramente, ni la entiende bien, sino el hombre espiritual. Los profetas llaman a la ley yugo grave y cetro riguroso, y otros nombres de esta calidad que significan severidad. Y cuando Dios dio la ley a Moisés, el pueblo de Israel que estaba al pie del monte sintió grandes truenos y relámpagos, de modo que todos temblaban de miedo y espanto. Lo cual dicen todos que significaba el terror y el espanto y la contradicción de afectos que la ley engendra en los ánimos de las personas a las cuales es dada. Mas con todo esto habéis, Señora, de saber, que la ley no es muy necesaria, porque si no hubiese ley, no habría conciencia, y si no hubiese conciencia, el pecado no sería conocido, y si el pecado no fuese conocido, nosotros no nos humillaríamos, y si nosotros no nos humillásemos, no adquiriríamos la gracia, y si no adquiriésemos la gracia, no seremos justificados, y no siendo justificados, no salvaremos nuestras almas. Y esto creo yo que quiera entender san Pablo donde dice que la ley es como un pedagogo o ayo que nos conduce y va a Cristo para que mediante la fe seamos justificados. Veis aquí el oficio de la ley. El cual oficio hace asimismo el Evangelio, más en las personas que no lo reciben sino como ley, pero en las que lo reciben como nuncio o mensajero de gracia y de paz, su oficio propio es sanar las llagas que hace la ley, predicar gracia, paz y remisión de pecados, serenar y pacificar las conciencias, dar espíritu con que se cumpla lo que la ley nos muestra de la voluntad de Dios y con que se combata con los enemigos del alma y con que se venzan y abatan por tierra. Y así Cristo vino manso, humilde, pacífico y lleno de amor y de caridad, y no terrible ni espantoso como la ley. De modo que la ley nos enseña lo que hemos de hacer y el Evangelio nos da espíritu con el cual lo podamos cumplir. La ley hace la llaga y el Evangelio la sana, y finalmente la ley mortifica y el Evangelio vivifica. No me cuido de ir confirmando esto con autoridades de la Sagrada Escritura, por no ocupar tiempo.

JULIA Muy bien hacéis. No os cuidéis sino decir vuestras razones, que cuando diréis alguna que me parezca dura, os pediré que me la confirméis con alguna autoridad de la escritura.

VALDÉS Sea así, y pues ya habéis entendido el oficio de la ley y el oficio del Evangelio, y con esto aún os será más manifiesta la causa de donde nace la contradicción que sentís, será bien que pasemos adelante.

JULIA Primero quiero que todavía me digáis algo más sobre esto.

VALDÉS No sé qué más deciros si no voy al caso particular.

JULIA Bien, esto es lo que quiero.

VALDÉS El predicador, Señora, con sus sermones ha despertado en vuestra memoria lo que ya sabíais del paraíso y del infierno y ha sabido pintároslo tan bien que el temor al infierno os hace amar el Paraíso y el amor al paraíso os hace temer el infierno. Y como juntamente con mostraros esto os dice que no podéis escapar del infierno ni alcanzar el paraíso sino mediante la observancia y guarda de la ley y de la doctrina de Cristo, y como ésta os la declara de modo que os parece no la podáis cumplir sin poner os a peligro de ser motejada, desestimada, despreciada y tenida en poco por las personas del mundo, peleando en vos de una parte el proveeros para la otra vida y de otra el no querer la confusión de ésta, se engendra en vos la contradicción que sentís, la cual toda nace del amor propio, con que os amáis a vos misma: teméis el infierno por vuestro interés, amáis el paraíso por vuestro interés, teméis la confusión del mundo por vuestro interés, amáis la gloria y el honor del mundo por vuestro interés. De modo que en todas las cosas que teméis o amáis, mirado bien, os encontraréis a vos misma.

JULIA Pero ¿a quién queréis que encuentre en mis cosas, sino a mí misma?

VALDÉS Quiero que encontréis a Dios y no a vos, si queréis estar libre de la contradicción, confusión, inquietud, descontento y otros más de mil inconvenientes de los cuales no os podréis jamás librar: pero mientras encontraréis a Dios, encontraréis paz, serenidad, quietud, contento, alegría y espíritu y tanta infinidad de bienes espirituales que no sabréis cómo recogerlos. Ahora, si queréis despreciarlos y si queréis privaros del paraíso y obligaros al infierno por no querer salir un poco de vos y entrar en Dios, vos. Por mí tan sólo os certifico que no habría cosa en el mundo que me pudiese dar igual satisfacción y contento como sería el veros caminar por este camino cristiano, porque conozco vuestro ánimo tan bien inclinado, que tengo por cierto que si comenzaseis a enamoraros de Dios, venceríais en santidad a muchas santas de las que están en el cielo.

JULIA No deseo otra cosa, Dios sabe mi voluntad.

VALDÉS Pues que la deseáis, ¿por qué no la tomáis?

JULIA Porque no sé darle forma, para esto.

VALDÉS Fuerza, fuerza, que no forma, Señora, requiere el negocio evangélico. Y por tanto decía Mat. 11, Cristo que desde el tiempo de san Juan Bautista padecería fuerza el reino de los cielos y que los que se hacen fuerza a sí mismos son los que lo arrebatan. Por lo que, si vos queréis coger el reino de los cielos, haceos fuerza a vos misma y así no temeréis cosa alguna, porque, como decía una gran señora de España, aunque creo no a este propósito, «Quien se vence, a nadie teme».

JULIA Dejemos las palabras, el hecho es que toda mi confusión, mi inquietud y mi contradicción cesarían entrando en el camino de Dios, y por esto me determinaría desde luego a entrar en él, pero me parece que es tan dificultoso de hallar que no oso ponerme a buscarlo.

VALDÉS ¿Por qué causa os parece, que es dificultoso de hallarse?

JULIA Porque veo pocos que caminan por él.

VALDÉS En cuanto a esto vos tenéis razón que pocos caminan por él, más sabed que esto no nace tanto de la dificultad del camino, cuanto de nuestra malicia e imperfección. Y porque os quiero confirmar en esta verdad, quiero que sepáis que en la vida presente hallaréis cinco clases de personas. Algunas que no conocen el camino de Dios ni lo quieren conocer porque adivinan que para caminar por él conviene privarse de sus pasatiempos y placeres, y estas tales personas, (aunque no con la boca sino con el corazón), dicen aquellas palabras que dice Job notando la impiedad de los impíos: «Apártate, Señor, de nosotros, porque no queremos conocer ni saber tus caminos.» [Job XXI:14] De estas mismas dice David: «Dijo el necio en su corazón, no hay Dios», [Salmos XIV:1], porque en verdad no querrían que hubiese Dios. Hallaréis otras personas que conocen el camino de Dios, pero vencidas de sus aficiones y apetitos no acaban de determinarse a caminar por él. De estas tales dice Cristo «que el siervo que sabrá la voluntad de su señor y no la hará será más ásperamente castigado», y así es en verdad, que aun en este mundo sienten las tales un continuo remordimiento de conciencia, el cual las tiene siempre desabridas y mal contentas. Hallaréis otras personas que quieren y tienen voluntad de saber y conocer el camino de Dios, pero estando ligadas al amor de las cosas de esta presente vida, y tomando demasiado deleite en ellas, no las quieren dejar, y así no se disponen de modo que Dios les haya de enseñar y mostrar su camino. A las tales pone luego el demonio delante ciertos caminos enmascarados y les da a entender que son los verdaderos caminos, y ellas, ciegas con el amor propio de sí mismas, de buena gana se dejan engañar y se dan a entender que Dios las lleva, y es el demonio quien las guía. De aquí nacen las demasiadas ceremonias, nacen las perniciosas supersticiones y nacen las falsas devociones. De estas tales personas dice Dios por Isaías: «Cada día me van buscando y quieren saber y conocer mis caminos, como gente que haya vivido justamente y que no haya abandonado el juicio y justicia del Señor Su Dios.» Hallaréis otras personas que quieren conocer este camino de Dios y se disponen a ello. Estas tales, sintiendo en el alma la voz de Cristo que dice: volved en vosotros, que andáis perdidos, no es bueno el camino por el cual camináis, porque no se va por él al reino de los cielos, vuelven en sí, y conociendo que van perdidas, abandonan el camino que seguían, y antes de tomar alguno ruegan a Dios que les muestre el verdadero camino,

y ésta es la disposición. Estas tales sienten al punto a Cristo que les dice: «Quien querrá caminar por el camino verdadero y cierto, niéguese a sí misma, y tome su cruz a cuestas, y sígame, imitándome en lo que puede imitarme», sienten que en otro lugar les declara esto diciendo: «Aprended de mí que soy manso y humilde de corazón», así al instante entran por el camino de la negación de la propia voluntad, y de la paciencia y verdadera humildad. Hallaréis otras personas que conocen el camino de Dios y caminan por él, algunas con más y mayor fervor que otras, no obstante, con tal que ni unas ni otras se aparten del camino ni lo abandonen, van bien, y éstas en verdad son pocas, como vos, Señora, decís, aunque no son tan pocas como pensáis, porque, por ser su camino espiritual, no pudiendo ser vistas sino con ojos espirituales, no es posible que sean conocidas sino por las mismas personas que caminan por el mismo camino. Estas viven con continua ansiedad de no ofender a Dios, y, si a veces por fragilidad, vencidas de la tentación, caen en algún pecado mortu; luego se vuelven a Dios y confiesan su pecado y no tienen necesidad de muchos aparejos para la confesión, porque, como dice David hablando de sí, tienen siempre su pecado ante sus ojos. Estas mismas personas tienen algunos defectos y algunos descuidos, que son señales de que sus ánimos no están en todo mortificados. Pues sus defectos y sus descuidos muchas veces les son causa de provecho porque se reconocen y se humillan y así aprenden a desconfiar de sí y a confiarse de Dios. Y por esto dice san Pablo que a los que aman a Dios todas las cosas les ayudan al bien, y por esto dice en otro lugar que nada hay para condenar a las personas que, habiendo entrado por este camino, están unidas con Cristo Jesús por fe y amor. Las primeras personas son impías, las segundas ciegas, las terceras desvariadas, las cuartas prudentes, y las quintas santas. De modo que, si caminan pocas personas por el camino cristiano, podéis ver que es más por la impiedad, ceguedad y veleidad que por su dificultad, y visto esto, no tendréis miedo de encontrarlo. Y pues que, como pienso, sois, Señora, de las cuartas personas, haced de modo que escuchéis la voz de Cristo, porque Él os pondrá en el verdadero camino, y tened por cierto que luego que hayáis entrado, no sentiréis más confusión ni inquietud ni trabajo ni perplejidad, y finalmente no sentiréis contradicción alguna, antes, por el contrario, sentiréis mucha paz, mucha alegría, mucha satisfacción y supremo contentamiento.

JULIA Todo cuanto decís me satisface. Y pues que determinadamente quiero entrar en este camino, resta que me llevéis de la mano, enseñándome los pasos por los cuales creo que vos hayáis caminado.

VALDÉS No sé qué más queráis aprender de mí de lo que cada día os dice el predicador.

JULIA Yo soy débil y no puedo hacer tanta resistencia a mi ánimo cuanta sería necesaria para hacer todo lo que dice el predicador.

VALDÉS Ya, Señora, os entiendo ha buen rato. ¿Qué menester de andar por las ramas? Sé bien lo que queríais.

JULIA ¡Qué enfado! Pues que lo sabéis, ¿por qué no lo decís?

VALDÉS Porque aguardaba a que vos con vuestra boca lo dijeseis.

JULIA Hacedme el favor de decirlo, puesto que lo entendéis, y yo os diré la verdad si acertáis en todo, y por todo.

VALDÉS Estoy contento. Vos, Señora, deseáis ser libre de las cosas enojosas que os pasan por la imaginación, y habiendo conocido que éste es el camino verdadero para libraros de ellas, queríais que yo os mostrase un camino real y señorial por el cual pudieseis llegar a Dios sin apartaros del mundo, alcanzar la humildad interior sin mostrar la exterior, poseer la virtud de la paciencia sin que os sucediese donde ejercitarla, despreciar el mundo más de tal manera que el mundo no os despreciase a vos, vestir a vuestra alma de virtudes cristianas sin desnudaros el cuerpo de las usuales vestiduras, mantener vuestra alma con manjares espirituales sin privar a vuestro cuerpo de las viandas acostumbradas, parecer bien a los ojos de Dios sin parecer mal a los ojos del mundo y, en fin, por este camino vos quisierais poder hacer vuestra vida cristiana pero de modo que ninguna persona del mundo, por mucha familiaridad y conversación que tuviese con vos, pudiese conocer en vuestra vida más de lo que conoce al presente. ¿He acertado?

JULIA Casi casi, o al menos, si no habéis acertado, podéis decir que habéis casi tocado en el hito.

VALDÉS Esto me basta para poderos decir que, según veo, quisierais más bien libraros de la contradicción que sentís por avenencia que por sentencia.

JULIA ¿Pues no me decís vos siempre que más vale mala avenencia que buena sentencia?

VALDÉS Sí digo, mas no en este caso en el que la avenencia es muy peligrosa y terriblemente dañosa. ¿No sabéis que dice Cristo que no podemos servir a Dios y al mundo, sino que o hemos de amar al mundo y despreciar a Dios o hemos de amar a Dios y despreciar al mundo? ¿Y no habéis oído lo que dice Job, que la vida del hombre aquí en el mundo no es otra cosa que una continua guerra? Mas entended que la guerra es entre la carne y el espíritu cuando la carne nos tira al mundo y el espíritu nos tira a Dios. ¡Y tristes los que no sienten esta guerra!

JULIA Pues yo entiendo y conozco bien lo uno y lo otro y quiero que sin más encarecérme lo resueltamente me digáis si os basta el ánimo a ponerme en un camino que tire un tanto al que vos habéis diseñado, aunque no sea tan licencioso, porque no estoy tan sujeta a mis apetitos, como vos debéis pensar según habéis mostrado por vuestras palabras.

VALDÉS Si yo, Señora, conociese en vuestro modo de vivir y conversar exterior alguna cosa deshonesta y fea, o que tuviese alguna reliquia o alguna muestra o apariencia de mal, libremente os diría que no me bastaría el ánimo para satisfaceros en esto que deseáis, porque en tal caso, siendo necesario que dejaseis todo lo que fuese malo, sería necesario que se viese en vos otra cosa que la que ahora se ve y conoce. Pero conociendo yo en vuestros modos de vivir y conversar tanta honestidad y tanta compostura de costumbres cuanta en una tal señora se puede desear, y viendo que toda la reforma que es necesaria para conquistar y alcanzar el fin que deseáis consiste en los afectos y en los apetitos del ánimo, los cuales corregidos y reformados sería cosa fácil reformar lo exterior en lo que pareciese tener necesidad de reforma; oso deciros que me basta el ánimo a poneros en el camino que deseáis, de tal manera que, si vos os disponéis para ello con la gracia de Dios, sin que persona del mundo pueda conocéroslo, antes que pasen muchos días comenzaréis a sentir la paz de la conciencia y los otros frutos que sienten las personas espirituales.

JULIA Si hicieseis esto, os quedaría perpetuamente obligada.

VALDÉS Pues lo haré con la gracia de Dios, y no quiero que quedéis obligada sino al mismo Dios, del cual quiero que siempre reconozcáis todo lo que será bueno.

JULIA Procuraré hacerlo como decís. Haced vos ahora lo que os toca.

VALDÉS Soy contento, más decidme antes si alguna vez habéis pasado un río por vado.

JULIA Sí he, y muchas veces.

VALDÉS ¿Y habéis observado cómo, si miráis al agua, parece que se os vaya la cabeza, de tal modo que, si no acudieseis presto o con cerrar los ojos o con fijarlos en la orilla que tenéis en frente, caeríais en el agua con peligro grande de anegaros?

JULIA Sí que lo he visto.

VALDÉS ¿Y habéis visto cómo, teniendo siempre por objeto de la vista, la tierra que está a la otra parte, no sentís tal desvanecimiento de cabeza y así no corréis peligro de anegaros?

JULIA Y también he visto esto.

VALDÉS Conque si vos, Señora, queréis pasar por el río corriente de las cosas de este mundo, haced de modo que no pongáis aficionadamente los ojos en ellas, para que no os acontezca lo que acontece a los que mirando el agua caen en ella y se ahogan, y procurad que siempre los ojos de vuestra alma estén fijos y clavados con

Cristo crucificado, y si alguna vez, descuidada, pondréis los ojos en las cosas del mundo de tal manera que sintáis que vuestro ánimo se inclina a ellas, volved sobre vos y tornad a poner vuestros ojos en Cristo crucificado, y de este modo andarán bien vuestras cosas. Y por esto sobre todas las cosas quiero, Señora, que toméis por vuestro principal intento enamoraros de Cristo, regulando todas vuestras obras, todas vuestras palabras y todos vuestros pensamientos con aquel divino mandamiento que dice: «Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con todas tus fuerzas, y al prójimo como a ti mismo.» Y digo que tengáis este mandamiento por vuestra regla principal, porque la perfección cristiana consiste en amar a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a vos misma.

JULIA Me maravilló de esto que decís, porque toda mi vida he oído decir que los frailes y las monjas tienen el estado de perfección por los votos que hacen, si los guardan.

VALDÉS Dejadlos, Señora, decir y creedme, que tanto tendrán de perfección cristiana los frailes y los no frailes cuanto tendrán de fe y amor de Dios, y ni un adarme de más.

JULIA Mucho me agradecería que me hicieseis capaz de esto.

VALDÉS De muy buena gana. Habéis, Señora, de saber que el corazón humano es naturalmente inclinado a amar de tal suerte que o ha de amar a Dios y por Dios todas las cosas, o ha de amar a sí mismo y por sí, a todas las cosas. El que se ama a sí mismo, todas las cosas hacen por sí mismo, quiero decir que en tanto se mueve a ellas, en cuanto le convida a ello su propio interés, y así, si alguna cosa ama fuera de sí mismo, la ama por sí y por su interés, y si tiene algún amor a Dios, lo tiene por su interés y no por otro respeto. Este tal, fraile o no fraile, porque tiene su amor desordenado teniéndolo puesto en sí, no sabe jamás cómo ni de qué modo ha de amar las cosas creadas, antes, cuando se quiere bien disponer a amar a Dios, porque no acierta a salir de sí, no halla jamás el camino y por eso continuamente va peregrinando en pareceres, y así estando siempre desordenado y desconcertado en sus afectos malos o buenos, vive muy fuera de la perfección cristiana y tanto más vivirá fuera cuanto más enamorado estará de sí, aunque en las obras exteriores perfectísimo, porque Dios quiere el corazón. El que ama a Dios, todas las cosas que hace las hace por Dios, quiero decir que se mueve a ellas por el amor que tiene a Dios, y esto con tanto fervor o ímpetu cuanto el amor le incita y mueve. Y así, si alguna cosa ama fuera de Dios la ama por Dios, y porque así lo quiere Dios, y semejantemente se ama a sí mismo porque conoce que Dios quiere que él se ame. Este tal, fraile o no fraile, porque tiene su amor ordenado en Dios y de ahí toma el modo y manera como ha de amar todas las cosas creadas, es muy ordenado y arreglado en su amor y no ama desordenadamente cosa alguna. Y entonces sus buenas obras le placen y son gratas ante Dios, porque se mueve a obrar con ímpetu de amor, porque, así como Dios es amor, así no le agrada obra alguna que no sea hecha por amor. Conforme a esto es lo que dice san Agustín, que las buenas obras siguen al ya justificado y no van delante del que ha de ser justificado. Quiero decir que nuestras obras entonces son buenas cuando son hechas por persona ya justificada, y no pueda ninguna ser justificada si no está en amor y caridad con Dios y con su prójimo. De modo que tanto será una persona más perfecta cuanto estará más ferviente en este amor. En esta verdad os podréis por vos misma confirmar, considerando cuánto estimaríais lo que una persona hiciese en vuestros negocios, cuando conocieseis que no se movía a ello por amor que os tuviese sino por algún otro designio suyo. Mas, pues que vos queréis que os sirva por amor uno que no nació con la obligación de amaros, como nacimos todos nosotros personas para amar a Dios, pensad si siquiera querrá Dios de nosotros eso mismo que vos queréis, cuánto más de aquellas personas que somos regeneradas y renacidas en Cristo por nueva regeneración espiritual mediante la fe y el bautismo, porque nosotros tales tenemos una nueva obligación de amar a Dios, ¿qué digo una?, antes debía decir infinitas, pues que vemos que infinitamente nos amó y ama Cristo, y por infinitas vías y maneras procuró y procura traernos a sí y unírnos consigo por amor y por gracia. Y considerando esto, estoy cierto que os haréis capaz de esta verdad, que la perfección cristiana consiste en amar a Dios y que tanto más perfecto será cada uno cuanto más amará a Dios, ahora haga votos, ahora no los haga, con tal que guarde el voto que hizo en el bautismo, mediante el cual somos cristianos.

JULIA Ya quedo satisfecha con lo que habéis dicho de la perfección, de tal modo que conozco ya por vuestras razones lo que hasta aquí no había conocido. Y pues queréis que tenga por principal intención el amor de Dios y del prójimo para ser perfecta cristiana y me determino a hacerlo así, será bien, si os parece, que me deis algunas reglas por las cuales entienda y sepa qué es lo que he de hacer y cómo he de gobernarme para no apartarme del amor de Dios ni del prójimo, porque determinadamente me quiero dar a enamorar tanto de Dios que prive de gracia a vos y a otros cien como vos.

VALDÉS Privar de gracia no, antes sabed, Señora, que en este divino amor no hay celos, porque de suyo es comunicable. Y así es que cuanto más vos amaréis a Dios tanto más os alegraréis de que Dios nos ame a nosotros y sea amado por nosotros. Mas dejando esto, hasta que con el tiempo lo aprendáis por experiencia, digo, Señora, que no hay mejores reglas para esto que decís que las que el mismo Dios nos ha dado en su perfectísima ley, la cual entendamos no como hebreos, más como cristianos, de la forma y manera que Cristo la declaró. Ella nos enseña lo que hemos de hacer para no apartarnos del amor de Dios, ni del prójimo.

JULIA Si no os es molesto, puesto que decís que son buenas las reglas de la ley de Dios para lo que deseo, será bien que brevemente me las declaréis de la manera que las entendéis.

VALDÉS Antes lo haré de muy buena gana, porque conozco que para conduciros y traeros al camino que he diseñado, ésta es la puerta. Mas porque no quiero que mis palabras engendren escrúpulos en vuestra conciencia, os quiero antes avisar de esto: que os declararé la ley de Dios no de la manera que estáis obligada a observarla so pena de pecado mortal, sino de la manera que la deben entender todas aquellas personas que desean ser tan señoras de sus propios afectos y apetitos que en todas las cosas sean obedientes al espíritu. Porque, así como va a peligro de veneno el que lleva una víbora o un alacrán en el seno, así va a gran peligro de pecar mortalmente el que lleva vivos y enteros sus afectos y apetitos.

JULIA ¡Hallado la habéis la escrupulosa! No os curéis de más, comenzad a decir, que estaré tan atenta que quizá no perderé una sola palabra.

VALDÉS Así lo debéis hacer. Tomareis por primera regla hacer a Dios de tal manera absoluto señor absoluto de vuestro corazón que no confíe ni espere en cosa alguna creada, ni ame ni tema, sino sólo a Dios, de modo que entonces podréis hacer cuenta que tenéis vuestro corazón ordenado conforme a esta regla cuando, despojada de todo afecto humano, sentiréis en vos que ni las prosperidades os levantan ni las adversidades os abajan, ni los honores os ensoberbecen ni las injurias os abaten, y que con esto creéis en Cristo, esperáis en Cristo y amáis a Cristo y vivís segura y contenta con Cristo, abrazando la cruz de Cristo y teniendo por dulce el padecer con Cristo, y teniendo en abominación la gloria del mundo y teniendo por amargos los placeres del mundo. Y porque no basta que el corazón esté de esta manera si la boca no se conforma con él, conviene que toméis por freno para ella, la segunda regla, y ésta será que continuamente alabéis, magnifiquéis, invoquéis y bendigáis el nombre de Dios, despreciando y teniendo en poco vuestro nombre y vuestra gloria, de tal suerte que toda la gloria y el honor sea atribuida al omnipotente Dios, al cual siempre irán enderezadas vuestras palabras. Y porque con nuestros juramentos se ofende mucho la divina Majestad, tendréis siempre en la memoria aquellas palabras de Cristo donde, luego que nos ha recordado que de ningún modo juremos, dice: «Sea vuestro hablar es, es, no, no», queriendo decir que cuando querremos afirmar una cosa, la afirmemos con un sencillísimo sí y cuando querremos negar otra, la neguemos con otro tal no. Porque cuando más de esto se dice, es señal de que el corazón está indispuerto. Además de esto, porque Dios no se contenta con ser absoluto señor de nuestros corazones y de nuestras bocas, más quiere gobernar nuestras obras, tomaréis por tercera regla hacer una oferta a Dios de toda vuestra voluntad, remitiéndola en todo y por todo a su divina majestad de tal modo que él la rija y él la gobierne sin que vos en vuestras cosas pongáis nada de lo vuestro. Y este remitiros a la divina voluntad habéis, Señora, de saber que es celebrar el sábad cristiano, porque por el reposo corporal se entiende el reposo espiritual por las obras serviles se entienden las obras del pecado. Esta oferta nos ruega san Pablo que hagamos, diciendo: «Os ruego hermanos, por la misericordia que Dios ha usado con nosotros que ofrezcáis vuestros cuerpos en sacrificio vivo, santo y agradable a Dios, de manera que enteramente le ofrezcáis toda vuestra voluntad, todo vuestro entendimiento y toda vuestra memoria. Y os

ruego también que no conforméis vuestras obras con las obras de las personas del mundo y que os transforméis por renovación espiritual de vuestras ánimas, para que por esta vía podáis saber y entender la voluntad de Dios.» Ved aquí, Señora, tres reglas según tres mandamientos de la ley de Dios, las cuales son tan espirituales que mientras las observaréis, podréis estar cierta de que amáis verdaderamente a Dios de la manera que él quiere ser amado. Y pensad que tanto estaréis más cerca o más lejos de la perfección de este amor, cuanto sentiréis que los afectos y apetitos vuestros están más cerca o más lejos de conformarse con estas tres reglas, las cuales os ruego que imprimáis en vuestra memoria. Y aunque en verdad sea así, que mientras viviréis conforme a estas reglas, viviendo con amor de Dios viviréis en amor del prójimo de modo que parece de más daros por esto regla alguna, todavía, considerando que Dios para socorrer a nuestra incapacidad nos ha dado también reglas con las cuales viviésemos en amor del prójimo, os quiero decir las mismas. Y así las dichas como las que se dirán tomaréis como reglas de Dios y no más. Y la primera será que, por ser así la voluntad de Dios, con obediencia interior obedezcáis y estéis sujeta a vuestros padres, a vuestros mayores, a vuestros superiores, de cualquier preeminencia o autoridad que sean, no haciéndoles resistencia ni murmurando de ellos. Y mirad, Señora, que no penséis contentaros con la sujeción exterior, porque Dios no se contenta con que sus mandamientos sean observados sólo en apariencia, antes principalmente quiere el corazón. Y porque las cosas del mundo con las cuales más se corrompe la caridad cristiana, son las contiendas, los odios y las enemistades, de las cuales proceden los homicidios, advertid, Señora, en tomar por segunda regla hacer vuestro ánimo paciente, quieto, pacífico, humano, misericordioso, desterrando y desarraigando del todo el afecto del odio, de la ira y de la venganza. Y haciendo esto así, viviréis conforme a aquella doctrina de Jesucristo, que en sustancia dice que no nos airemos contra nuestros prójimos, ni los depreciamos con ademanes exteriores, ni los vituperemos con palabras injuriosas. Y pensad que no podréis hacer esto si antes no componéis vuestra alma de la manera que os he dicho. Y porque sepáis cuánto os importa, sabed que dice san Juan que quien aborrece a su prójimo es homicida. De modo que, pues para no ser homicida es menester que muera en vos todo afecto de ira y de venganza, de rencor y de mala voluntad, comenzad, Señora, de aquí adelante a hacer esta mortificación, porque cuanto más pronto la comenzaréis, más presto saldréis con ella y pasaréis al ejercicio de la regla tercera. Esta Regla será que procuréis cuanto os será posible, tener mortificados de tal manera todos vuestros sentidos exteriores que por ellos no pase jamás a vuestro ánimo cosa fea ni deshonesta. Porque quiere Dios que vuestras obras, vuestras palabras y vuestros pensamientos sean castos y púdicos. Y para poder hacer esto conviene que tengáis vuestros afectos tan mortificados como os he dicho, y conviene también que seáis templada en el comer, en el beber y en el dormir, en conversar con las personas del mundo, y en fin en todas aquellas cosas que pueden engendrar en vuestro ánimo algún deseo deshonesto. Y sabed de cierto que tanto por conservar nuestros ánimos puros y limpios cuanto, porque no se ofenda la caridad cristiana, es necesario que mueran del todo estos apetitos lascivos, de los cuales nacen muchos inconvenientes contra el amor del prójimo. Y por eso Cristo, cerrándonos el camino, dice que el que mirará una mujer y la deseará, ya ha pecado con ella en su corazón. Por esto, el que no querrá pecar procure que muera con él el afecto y el apetito de pecar. Además de esto, porque este mío y tuyo son enemigos mortales de la caridad cristiana, nos proveyó Dios de una sana, santa y necesaria doctrina, la cual tomaréis por cuarta regla. Esta es que de tal manera mortifiquéis en vos todo el deseo y el apetito de las cosas que las personas del mundo llaman bienes, que no poniendo en ellos felicidad alguna no deseéis los que no tendréis y poseáis los que tenéis no como propietaria, sino como depositaria, de tal modo que, si os serán quitados, no os perturbéis de suerte que vengáis a tener mala voluntad a aquél o a aquellas personas que os los quitarán. Porque, teniendo vuestro ánimo tan bien dispuesto, voluntariamente haréis lo que dice Cristo así en cuanto a dejar el manto a quien querrá llevaros a pleito por la túnica, como en cuanto a dar de vuestros bienes a todos cuantos os pedirán. Y ésta es la liberalidad cristiana, y ésta es la verdadera pobreza, tan loada y recomendada en la sagrada escritura. Y creo cierto que David por esto pobres a las personas que sirven y obedecen a Dios. Y sabed de cierto que ésta es la verdadera vía para echar y arrancar de vuestro ánimo la maldita avaricia, que es un mal tan intrínseco que por lo común aquéllos lo conocen menos que están más conjuntos con él. Mas el inconveniente que de él se sigue preguntadlo a san Pablo, y él os dirá que la avaricia es servidumbre de ídolos. Así como Dios, queriendo que no ofendiésemos el amor divino con la boca, nos puso la segunda regla que os he dicho hablando

de la guarda que habéis de tener para el amor de Dios, así también para la guarda [del amor] del prójimo nos puso regla en la boca, y ésta será la quinta. Esta es que tengáis tan bien regida y gobernada vuestra lengua, que no la uséis jamás sino para gloria de Dios y para utilidad espiritual o corporal de vuestro prójimo y vuestra, quitando y separando de vos todas las ocasiones que os pueden conducir y tirar a que salga de vuestra boca palabra que ofenda o pueda ofender a la más despreciada y abatida persona de todas cuantas hay en el mundo. Y para que veáis cuánto importa esto, quiero que sepáis que Santiago dice que el que no peca con la lengua es hombre perfecto. Y advertid, Señora, que no os digo que una persona para guardar perfectamente el mandamiento del amor del prójimo ha de hacer todas estas cosas puntualmente, porque no digo sino que una persona que quiere ser perfecta ha de tener tan bien moderados y obedientes sus afectos que cuando necesitare hacerlo por honra de Dios, no hallase repugnancia en ellos. Y concluyendo digo que conforme a estas cinco reglas que habéis oído debéis componer vuestro ánimo, si queréis adquirir perfectamente el amor del prójimo y manteneros en él, las cuales comprendió Cristo en una sola regla, diciendo: «Haced con los hombres todo lo que querréis que hiciesen con vosotros.» Y es así que no hay persona en el mundo a quien no le guste ser obedecida por los que le deben obediencia, no hay persona a quien no le plazca conservar su vida y no ser mal querida ni odiada por otro, no hay ninguna a quien no le guste que las personas no entren en ningún mal pensamiento con sus mujeres, hijas, hermanas, o parientas, tanto más en obras deshonestas, no hay ninguna a quien no le plazca ser socorrida y ayudada en sus necesidades y, si tiene con qué vivir que no procure que no le sea quitado ni usurpado, y finalmente, no hay ninguna a quien no le plazca que todas las personas del mundo hablen bien de ella y que no se duela de todo lo contrario. De modo que, haciendo con nuestros prójimos todo lo que queremos y nos gustaría que ellos hiciesen con nosotros, cumplimos la ley de Dios, porque nos mantenemos con ellos en caridad y amor. Y de esto, como dice Cristo, dependen la ley y los profetas. Y a esto podéis reducir todo cuanto está escrito en la sagrada escritura.

JULIA Me tenéis tan atónita desde que comenzasteis a entrar en estas reglas, considerando la perfección que para vivir conforme a ellas es necesaria, que no he querido replicaros a nada de cuanto habéis dicho. Mas, pues habéis acabado, quiero que me digáis si se condenan todas las personas que no viven con la pureza, con la limpieza y con la atención que habéis dicho en estas reglas.

VALDÉS San Juan en una de sus epístolas dice: «Hijitos míos, os escribo estas cosas para que no pequéis, pero si alguno hubiere pecado, tenemos abogado justo junto a su Padre, Jesucristo, y él es la propiciación por nuestros pecados.» Esto mismo os digo a vos, Señora, que os pongo ante esta perfección para que trabajando y procurando vivir conforme a ella, no pequéis jamás. Mas quiero que, si pecaréis, os recordéis de que Jesucristo es vuestro abogado cerca de su eterno Padre, el cual satisfizo por nuestros pecados y por los de todo el mundo. De modo que no penséis que las personas que no tienen tan mortificados sus afectos como digo que deseo que los tengáis vos, según os he mostrado por estas reglas, se condenarán. Mas quiero que sepáis que de las que no llegarán a esta perfección, se salvarán las que habiendo abierto los ojos y conocido su mal camino y hallado el camino que enseña Cristo, según aquí os he dicho, buenamente, en cuanto la fragilidad humana lo sufre, trabajan y procuran caminar por este camino, mortificando su hombre viejo y vivificando el nuevo, y mientras que no lo alcanzan, conocen y confiesan con dolor de su ánimo que no son tales cuales Dios quiere que sean, y con este vivo conocimiento dicen de todo corazón lo del Padrenuestro, «Perdónanos nuestras deudas», y lo de David, «Crea en mí, Dios, un corazón limpio y rae mi iniquidad, porque yo conozco mi iniquidad y mi pecado está siempre delante de mí». Y si todas las personas que caminan por el camino cristiano siempre viviesen tan perfectamente como aquí hemos dicho, no diría san Juan que «si decimos que no tenemos pecados mentimos», ni diría el sabio que «el justo cae siete veces al día y que otras tantas vuelve a levantarse». Y sabed, Señora, que es justo porque va por el camino de justicia, el cual es el que Cristo nos enseñó, y que cae por fragilidad y se torna a levantar por la fe y confianza que tiene en Jesucristo que le perdonará, y éstas son las enfermedades y debilidades de las cuales entiende san Pablo cuando, hablando de Cristo, dice que «tenemos Pontífice que puede compadecerse de nuestras enfermedades», habiendo estado vestido del hábito de nuestra humanidad. Todo el negocio consiste en salir una vez del camino del mundo y entrar en el camino de Dios, que después de entrados, cayendo y levantando, tropezando y no cayendo, todavía nuestras cosas van

bien. Por tanto, no os espante la pureza de esta perfección cristiana, antes os suplico que de veras os enamoréis de ella, porque os certifico que no la entenderéis jamás si antes Dios intrínsecamente no os la enseña. Y para que os la enseñe, conviene que os dispongáis a experimentarla.

JULIA Esto querría que me dieseis a entender: a qué propósito nos puso Dios una ley tan dificultosa de observar que siempre nosuviésemos que confesar por deudores suyos, porque, al parecer, tiene no sé qué olor a tiranía.

VALDÉS Antes sabed, Señora, que en esto ha mostrado Dios el amor que nos tiene tan bien como en La ley todo lo demás que ha hecho por nosotros, siendo que el ánimo humano es tan arrogante que si no se conociese por deudor del cumplimiento de la ley no se tendría por pecador, y si no se tuviese por pecador, no temería el juicio de Dios, y si no lo temiese, no se humillaría, y si no se humillase, no adquiriría la gracia de Dios, y sin la gracia de Dios, no podría ser justo delante de Dios, y no siendo justo, no se salvaría. Ahora pensad si fue este singularísimo beneficio de Dios tanto como todos los otros. Y sabed, Señora, que cuanto más perfecta será una persona en esta presente vida y más unida estará con Dios por amor y caridad, tanto más se humillará ante Dios, conociendo más su imperfección y la necesidad que tiene de que continuamente le perdone Dios sus faltas y purifique y acepte sus obras. Y por eso David llama bienaventurados no a los que no pecan, porque todos pecamos, sino a aquellos a los que Dios perdona los pecados que hacen. ¿Quedáis satisfecha con esto?

JULIA Sí quedo, bien podéis seguir más adelante.

VALDÉS Ahora quiero que penséis que de tres modos pecamos en esta presente vida: por malicia, donde por ignorancia y por fragilidad. Por malicia pecan los que no saben el camino de Dios, ni le quieren saber. El pecado de éstos, según san Pablo, es castigado con ceguedad y con obstinación en el pecado. La misma sentencia pronuncia Dios por Jeremías. Estos con dificultad se levantan, según el mismo Jeremías dice. Por ignorancia pecan los que, por no saber acertar el camino de Dios, van fuera de él. El pecado de éstos, según san Pablo, es fácil de perdonar, porque así dice él que, porque pecó por ignorancia persiguiendo a los cristianos, tuvo Dios misericordia de él. Por fragilidad pecan los que, habiendo entrado en el camino de Dios, no quisieran de dad- modo alguno ofender a su divina Majestad, más a veces, vencidos de la tentación, caen. De éstos fue David y de éstos fue san Pedro cuando negó a Cristo. El pecado de los tales perdona Dios más fácilmente que ninguno de los otros, porque enseguida se conocen, luego se humillan, y así pronto adquieren la gracia de Dios, antes acontece muchas veces que humillados por el pecado caminan más animosamente por el camino cristiano. Así muestra David haberle acaecido, diciendo: «Bien para mí que me humillaste, para que aprenda tus justificaciones». Esto os he yo querido decir para que remováis de vuestra conciencia toda suerte de escrúpulos, los cuales todos ordinariamente nacen del amor propio y de poco conocimiento de Dios, estando cierta de que caminando por este camino cristiano, no pecaréis sino por fragilidad. Os perdonará Dios luego lo que así pecaréis por la humildad con la que le pediréis perdón, y por la fe y confianza que tendréis en Jesucristo.

JULIA Con esto me habéis dado la vida enteramente, porque me teníais muy amedrentada.

VALDÉS Amad, Señora, si queréis desterrar de vuestra alma todo el temor, porque no puede morar temor ninguno en alma, que con un vivo y eficaz pensamiento pone los ojos en Cristo crucificado considerando con entera fe que Cristo satisface y paga por ella. Ahora concluyendo digo, Señora, que estas reglas os llevarán al amor de Dios y del prójimo y os conservarán en el uno y en el otro, y entonces por experiencia conoceréis los frutos de la caridad, según que san Pablo los escribe diciendo que «la caridad es paciente, conversable, no envidiosa, no insolente, no soberbia, y no busca sus cosas propias, no se aira, no piensa en mal ninguno, no se alegra de la injusticia, pero se goza con la verdad» y que «todo lo sufre, todo lo cree, todo lo espera y todo lo comporta». Conoceréis también lo que dice san Juan, que la perfecta caridad echa fuera de la conciencia todo el temor. Porque el que verdaderamente ama no teme.

JULIA Ya estoy satisfecha en esto que toca a la caridad. Plazca a Dios hacérmela gustar y sentir en el alma tan bien como me la habéis hecho penetrar en el entendimiento. Pero porque a veces os he oído decir que la caridad es el fruto de la fe, querría que me dijeseis alguna cosa en torno a la fe.

VALDÉS Así es la verdad como decís, que yo os he dicho que la caridad es el fruto de la fe ¿y sabéis por qué os lo digo?, porque estoy cierto que donde hay fe viva, hay caridad. Y sabed, Señora, que así como el fuego no puede dejar de calentar, así la fe viva no puede dejar de obrar obras de caridad, y os habéis de imaginar que la fe es como un árbol y la caridad es el fruto del árbol. Y así como el árbol después que está seco no da fruto, así, faltando la fe en los corazones de las personas, no hay caridad. Y mirad, Señora, que cuando digo fe, no entiendo la fe que solamente cree la historia de Cristo, porque ésta puede bien estar y está sin caridad, y por eso la llama Santiago fe muerta, la cual tienen los malos cristianos y tienen asimismo los demonios del infierno. Pero entended que, cuando digo fe, entiendo de la fe que vive en el alma, ganada no con industria ni con artificio humano, sino mediante la gracia de Dios, con luz sobrenatural, la cual fe da crédito a todas las palabras de Dios, así a sus amenazas, como a sus promesas, de tal modo que, cuando oye decir que Cristo dijo que el que creyere y se bautizare se salvará, y que el que no creyere, se condenará, da tanto crédito a estas palabras, teniéndolas por certísimas, que no tiene duda ninguna de su salvación.

JULIA En esto también nos convendremos vos y yo, porque a creer ninguno me aventajará.

VALDÉS No presumáis de vos, Señora, que creéis, porque muy espiritual ha de ser el que tenga la fe tan viva cuanto conviene para ser justificado por ella. Antes conoced que sois débil en la fe, y decid a Cristo con los apóstoles, «Señor, aumenta en mí la fe», y decid con el padre del lunático, “Yo, Señor, tengo confianza en ti, más todavía, tú, Señor, ayuda mi incredulidad”, y por esta vía ganaréis más que por persuadiros que creéis. Gran cosa es, Señora, conseguir de nuestros ánimos que enteramente se confíen en Dios, y lo veréis por esto, que si os preguntan si creéis los artículos de la fe uno por uno, responderéis que sí, pero si inadvertidamente, viniéndoos de confesar, os preguntan si creéis que Dios os ha perdonado vuestros pecados, diréis que pensáis que sí, pero que no estáis cierta. Mas sabed que esta incertidumbre nace de falta de fe, porque si enteramente os confiaseis en las palabras de Cristo que dice a los Sacerdotes que todo lo que atarán en tierra será atado en el cielo y todo lo que desatarán en tierra será desatado en el cielo, y si verdaderamente creyereis lo que confesáis en el Credo cuando decís que creéis la remisión de pecados, no dudaríais en decir a boca llena, sintiendo en vuestra alma dolor de la ofensa hecha a Dios y habiéndola confesado, que tenéis por pecados. cierto que Dios os ha perdonado todos vuestros pecados. ¿Queréis ver clara y manifestamente cómo no os confiáis enteramente en Dios? Decidme: ¿con qué estaríais más sin cuidado y más descansada, y en qué os confiaríais más para poderos certificar que por este año tenéis bien con qué vivir, con una buena suma de dineros que tuvieseis en un banco o en lo que Cristo promete a los que buscarán el reino de Dios, cuando dice: «No tengáis el pensamiento en lo que habéis de comer ni en lo que habéis de vestir, pues que y Dios tiene cuidado de vosotros, buscad antes el reino de Dios, y el mismo Dios os proveerá de todas estas cosas?

JULIA No hay duda de que tendré más confianza en los dineros del banco, pero si me conociese tan perfecta que mereciese que Dios tuviese cuidado de mí, por ventura me confiaría más en las palabras de Cristo.

VALDÉS Antes es al contrario, que cuanto más perfecta fueseis tanto menos mérito hallaríais en vos. y así, el que está más cerca de la gracia de Dios, más lejos está de pensar que la merece. Y por esto decía san Pablo que por la gracia de Dios era lo que era, no atribuyendo nada a sus méritos De modo, Señora, que si confiáis poco en las palabras de Cristo, no es por lo que decís, sino porque no les dais crédito, y ésta es la mayor injuria que se puede hacer a Dios.

JULIA Mucho me apretáis, pronto me haréis creer que no tengo fe.

VALDÉS No quiero que creáis que no la tenéis, pero quiero que penséis que la tenéis muerta, y quiero que roguéis muy ahincadamente a Dios que os la vivifique y os haga fuerte en ella, pues que, según san Pablo, sin fe ninguno puede agradar a Dios, y si queréis mirar en ello, hallaréis que con nada os puede un amigo vuestro

ofender tanto cuanto con no dar crédito a vuestras palabras, y por el contrario, que con nada os puede hacer mayor servicio y placer, que con dar entera fe a todo cuanto le diréis.

JULIA En cuanto a esto decís la verdad, que extremadamente me duele cuando no soy creída y mucho me agrada cuando me dan crédito.

VALDÉS Puesto que conocéis esto de vos, debéis pensar siquiera lo mismo de Dios, y pensándolo trabajaréis por aprisionar y subyugar vuestro entendimiento a la obediencia de la fe, y así aprenderéis a confiaros en Dios y a dar entera fe a sus palabras tanto cuando amenaza como cuando promete. Y por no detenerme mucho en esto digo que, si enteramente pusiésemos toda nuestra confianza en Cristo dando entera fe a sus promesas, no dependeríamos ni estaríamos tan ligados a las criaturas, en las cuales confiamos más que en Cristo porque somos carnales y no juzgamos de las cosas sino tanto cuanto el sentido exterior nos las representa, y así no tenemos cuenta con las interiores. Bien podría decir cosas maravillosas si quisiese comenzar a loaros la fe, más básteos saber esto, que tanto seréis cristiana cuanto os sabréis confiar en Cristo, siendo que ser una persona cristiana es ser justa, y no puede ninguna ser justa sino por la fe, porque el justo vive por la fe.

JULIA Jamás he podido acabar de entender qué diferencia hay entre la fe y la esperanza, y holgaría- me saber de vos en qué manera las diferenciáis.

VALDÉS No me admiro de que no lo entendáis, porque lo mismo acontece a muchas personas doctas. Ahora sabed que la fe se ejercita en las cosas de la vida presente, y la esperanza en las de la vida eterna. Lo que habéis de entender de este modo. Queréis del muelle pasar a la isla de Capri, mas no sabéis cómo. Vengo y digo: «Fiaos, Señora, de mí, que os pasaré a pie por la mano sin que os ahoguéis en el camino y, pasada, os pondré en aquel paraje de la isla en que deseáis estar.» Aunque os parezca cosa fuera de razón, dais crédito a mis palabras y fiándoos de ellas me tomáis por la mano y camináis por el agua. Veis aquí que la fe os lleva y juntamente os lleva la esperanza de gozar del contento que os han dicho que se halla en aquella Isla. ¿Entendéis ahora la diferencia?

JULIA Sí, y muy bien.

VALDÉS Tornando a nuestro propósito, quiero, Señora, que os pongáis ante los ojos de vuestra alma la idea de la perfección cristiana según aquí idea de la hemos razonado, y que, puesta, os enamoréis de ella y, enamorada, no os contentéis hasta que lleguéis muy cerca de ella. Y pensad que entonces estaréis cerca cuando conoceréis en verdad que vuestro corazón no se inclina a amar cosa alguna fuera de Dios, ni vuestra boca siente dulzura en nombrar otro nombre que el de Dios, y éste solamente lo nombra para gloria suya. Y cuando sentiréis que no os inclináis a obrar cosa ninguna que no sea conforme a la voluntad de Dios, y cuando hallaréis vuestro ánimo muy obediente y sujeto a vuestros mayores, y muy ajeno de toda ira, de toda venganza y de todo rencor, lleno de paz y de humildad y tan ajeno de todo vicio carnal que en él no encontraréis pensamiento que no sea casto, y tan pobre de espíritu que a ninguna cosa os inclinaréis con vuestro deseo más que a conservar lo que él tiene, y tan ferviente en el amor del prójimo que no solamente no habléis en perjuicio suyo, más si oís que otros hablen, cuanto os es posible lo excusáis y disculpáis, en todo esto quiero decir que cuando os sintiereis tan mortificada así en los afectos y apetitos exteriores como en los interiores que ni la gloria del mundo os levanta ni la deshonra os abate y que ni la ira se enseñoorea de vos ni la envidia os molesta ni menos os inquieta la carne, podréis bien y verdaderamente creer que estáis cerca de la perfección cristiana. No digo que penséis que no estáis en buen estado cuando no estáis tan adelante, como he dicho, en la perfección, pero digo que, hasta que sintáis y conozcáis en vos esta perfección así como os la he pintado, no dejéis de rogar a Dios continuamente que la acreciente en vos, y aunque vinieseis a hacer milagros y por otra parte no os sintieseis muy fuerte y firme en esta perfección cristiana, no querría que pensaseis haber alcanzado cosa alguna. Esta es la perfección a la que nos convida Cristo cuando dice que seamos perfectos, como nuestro Padre celestial es perfecto. A la misma nos convida san Pablo diciendo que imitemos a Dios, como hijos amorosos y diciendo en otro lugar, «imitadme, como yo imito a Cristo». Ya la misma os invito yo a vos y a la misma deseo que vos me convidéis con palabras y con obras.

JULIA ¡Oh, Dios mío, qué pagaría yo por ver un cristiano tan perfecto como aquí le habéis pintado! Me parece que me despojaría de cuanto tengo.

VALDÉS ¿Y no sería mejor veros a vos tan perfecta cristiana cuanto aquí yo he pintado?

JULIA Sí, pero eso es imposible.

VALDÉS ¿Cómo imposible? ¿No sabéis que dice Cristo que todo es posible a aquel que consigue de sí poner toda su confianza en Dios?

JULIA Bien lo he oído decir, pero yo soy débil.

VALDÉS Pero cuanto más débil seáis tanto mayor será la gracia de Dios que os hará fuerte, con tal que confesaréis en verdad que sois débil y confiaréis en Cristo que os fortificará. ¿No sabéis que dice el evangelio, que lo que es imposible a los hombres es posible a Dios?

JULIA Lo deseo tanto que no oso esperarlo.

VALDÉS Pues si lo deseáis, pedidlo a Dios, y pedídselo, como dice Santiago, con confianza que os lo y yo os prometo que no os faltará. ¡Gran cosa es ésta, que quieren las personas ser creídas en sus promesas siendo naturalmente varias y (como dice David) mentirosas, y que no quieren dar crédito ni confiarse en las promesas de Dios! Verdaderamente creo que ésta es la mayor injuria que pueden hacer a la divina Majestad, así como también el creer y confiar en sus promesas es el sacrificio más grato que hacérsele puede.

JULIA No curéis de deteneros más en esto, sino comenzad a guiarme por el camino de esta perfección cristiana, pues ya me tenéis tan enamorada de ella que me parece no poder vivir contenta hasta que llegue, si no enteramente, a lo menos en tanta parte cuanta me bastará para que mis cosas sean aceptas a la vista de Dios. Pero se entiende que hayáis siempre respeto a llevarme tan secretamente que ninguna persona me sienta, porque, si lo puedo excusar, no quiero dar de qué hablar a las gentes.

VALDÉS Haré lo que decís, pero mirad, Señora, que nuevamente quiero que me prometáis ayudaros en lo que aquí os diré, porque no querría haber perdido el tiempo y que os quedaseis en vos misma como antes.

JULIA Fiaos de mí y os prometo que antes de muchos días, con la gracia de Dios, veréis en mí el efecto de vuestras palabras.

VALDÉS Con esta confianza recobraré ánimo para descubriros de este camino de perfección cristiana que sé y he podido entender, Y antes de comenzar a mostraros los pasos por los que habéis de caminar, quiero que sepáis esto, que san Pablo en muchos lugares de sus epístolas divide al hombre en dos partes: a la una llama carne y a la otra espíritu, a la una hombre viejo y a la otra hombre nuevo, y sabed que por hombre viejo entiende el hombre no vivificado por la gracia del Espíritu Santo, y que por hombre nuevo entiende el hombre ya vivificado por la gracia del Espíritu Santo. Al hombre viejo llama carne y llámalo cuerpo sujeto a pecados, donde parece que bajo el nombre de carne entiende todo el hombre, alma y cuerpo, sin Espíritu Santo, y la naturaleza sin la gracia. Esto mismo se demuestra por lo que en otra parte dice, que la carne combate contra el espíritu y el espíritu contra la carne, en el cual combate, si el alma se deja vencer de la carne mezclándose con ella, se hace toda carnal, y si se deja persuadir del espíritu coadunándose con él, se hace todo espiritual. Y por eso san Pablo casi siempre divide el hombre en dos partes, y digo casi, porque en un lugar o dos parece que lo divida en tres, esto es, en espíritu, alma y carne. Ya que habéis sabido qué es hombre viejo, carne y cuerpo sujeto a pecados, y qué es hombre nuevo, alma y espíritu, y para que entendáis bien cuál de estas cosas vive en vos, porque sí, mejor conocida la llaga, podréis aplicar las medicinas, sabed que, según el mismo san Pablo, los apetitos y los afectos de la carne son muerte y son enemigos de Dios, porque ni quieren ni pueden sujetarse a la ley de Dios. Sabed más, que los frutos de la carne exterior son homicidios, injurias y pecados carnales, y que los interiores son ambición, avaricia, envidia, ira, venganza. Sabed más que, según el mismo san Pablo, los afectos del espíritu son vida afectos y paz, quiere decir que mediante el espíritu vive el alma y la conciencia está pacificada y aquietada. Sabed más, que los frutos del espíritu son caridad, alegría,

sinceridad, paz, benignidad, bondad, fe, mansedumbre y templanza. De manera, Frutos que un mismo hombre según la naturaleza es hombre viejo y según la gracia es hombre nuevo. El hombre viejo no alcanza las cosas que son del espíritu de Dios, antes, ciego con su razón humana, las tiene por vanas y desvariadas. El hombre nuevo todas las cosas juzga y él no puede ser juzgado por ninguno. De todo esto que he dicho podéis, Señora, colegir que vuestra alma está en uno de tres estados: o se ha mezclado con la carne y hecho carnal, o se ha unido con el espíritu y hecho espiritual, o está ahora en el combate de que la carne la quiere para sí y el espíritu la convida hacia sí. Y conviene que hagáis este examen, porque, si halláis vuestra alma con la carne, os encomendéis a Dios, y con estas reglas deis favor al espíritu, para que comience a combatir y salga con la victoria, y si la halláis con el espíritu, con continua oración procuréis conservarla, y si la halláis no determinada, os hagáis fuerza a vos misma para que presto se determine a abrazarse y a unirse con el espíritu para que así se haga toda espiritual y recobre aquella imagen y semejanza de Dios a la cual fue creada. Y pensad, Señora, que es imposible que no estéis en uno de estos tres estados, porque, pensando esto, estoy cierto que examinaréis muy bien cuál es aquél en que estáis.

JULIA Ya lo tengo bien examinado y, por lo que habéis dicho, lo he conocido mucho más claramente. Haced cuenta que estoy en el peor estado y con este presupuesto conformaréis vuestras palabras.

VALDÉS Puesto que así es, encomendándoos con un afecto intrínseco a Dios para que ayude esta su obra, haced que con todo el ánimo estéis muy atenta.

JULIA Dejadme a mí el cargo.

VALDÉS El primer paso que tenéis que dar en este Paso camino es conocer en verdad que hasta ahora habéis andado fuera de camino, aunque pensasteis que andabais por buen camino. Y porque estoy cierto que habéis ampliamente conocido esto por los sermones del predicador, no me cuidaré de entreteneros con mostrároslo.

JULIA Hacéis bien, porque, aun cuando el predicador no me lo hubiese mostrado, por lo que vos me habéis muchas veces dicho lo habría entendido.

VALDÉS Está bien, y puesto que conocéis que estáis fuera de camino, el segundo paso será aplicar Paso vuestra voluntad a querer caminar por este camino que el predicador os ha descubierto y yo pienso más particularmente mostraros. Y asimismo pienso cierto que habéis andado ya por este paso, porque los sermones del predicador deben haber movido vuestra alma y dispuesta de manera que conocéis lo que os importa, y por lo tanto deseáis ya comenzar a caminar por el camino recto.

JULIA En cuanto a eso os prometo que lo deseo más de lo que pensáis.

VALDÉS Tened, Señora, este deseo por don de Dios. Ahora, porque no basta tener una cosa en la voluntad si no nos decidimos a ponerla en efecto, el tercer paso es que determinéis no solamente Paso dejar el camino por el cual os parecía que caminabais hacia Cristo, sino tomar éste por el cual sin falta ninguna hallaréis a Cristo. Y pensad que cuando habréis dado estos tres pasos, habrán hecho en vos su efecto aquellas palabras con las que primero san Juan Bautista y después Cristo comenzaron su predicación, diciendo, «Pœnitentiam agite, appropinquavit enim regnum cœlorum», esto es, «Haced penitencia, porque se acerca el reino de los cielos», como si hubiesen dicho, «Volved en vosotros que vais perdidos, volved al buen camino, advertid que se acerca el reino de los cielos».

JULIA Luego que conocí que el camino que llevaba no era bueno, deseé hallar el bueno y me propuse caminar por él, si Dios me hacía la gracia de que lo hallase.

VALDÉS Porque por este camino no se puede caminar sin el favor y gracia de Dios y ésta no la da Dios sino a los que dejan de pecar y dejan de entender en cosas que les pueden conducir a pecado y en cosas curiosas. El cuarto paso es que dispongáis vuestro ánimo a celebrar el sábado cristiano, quiero decir, que dejéis de pecar, y no me contento con que no tengáis pecado exterior, porque quiero que comencéis a dejar los interiores, pues sabéis que son los que os privan de la gracia de Dios, y quiero que dejéis de entender en cosas curiosas y que

diestramente apartéis de vos todas aquellas compañías y conversaciones que pueden alejar de Dios y distraer vuestro ánimo y de las cuales ninguna utilidad podéis conseguir para el fin que os proponéis de vivir para Cristo y no para el mundo. Bien desearía yo que Dios moviese vuestro ánimo con aquel mismo ímpetu de espíritu que movió en Éfeso a quienes, oída la predicación de san Pablo, se convirtieron a Cristo y llevaron sus libros en los que aprendían y ejercitaban cosas curiosas y en presencia de todos los que allí se hallaron, los quemaron. Pero, si no os encontrareis con este ímpetu de espíritu, me contentaré con que por ahora dejéis estar todos estos libros curiosos en un rincón, porque os hago saber que son un muy gran estorbo para quien comienza a caminar por este camino. Y ya veis que podéis echar fuera todos estos impedimentos sin notable demostración exterior.

JULIA Veo bien que me es útil hacerlo así, mas no veo que lo pueda hacer sin notable demostración.

VALDÉS ¿Cómo no? ¿No os basta el ánimo de gobernaros tan prudentemente que, dejando estas cosas, parezca que no las dejáis?

JULIA Seguid adelante, que en esto haré cuanto me aconsejareis que haga, porque en esto me quiero gobernar más con vuestra prudencia que con la mía.

VALDÉS Esto me basta. Ahora, porque no basta dejar el mal si no os aplicáis al bien, conviene que de hoy en adelante toméis alguna parte del tiempo que perdíais en estas cosas curiosas para entrar profundamente en el conocimiento del mundo. Y éste será el quinto paso. Al mundo conoceréis por falso porque en él no hay cosa que no tenga más de apariencia que de esencia, por engañoso porque jamás cumple lo que promete, por vano porque todo su fundamento es sobre cosas caducas transitorias, por enemigos de Dios porque siempre procura apartarnos del camino de la verdad y meternos en el de la mentira y falsedad, y por inconstante porque jamás persevera en una misma opinión. Y en fin, traed a vuestra memoria aquella bellísima tragedia que oísteis decir al predicador con la cual mostró que las personas en este mundo no son más que representantes de una tragedia, siendo que nuestro ser no tiene más firmeza que el de ellos ni se desemeja en otra cosa sino en que el de los representantes dura algunas horas y el nuestro algunos años. Por este conocimiento pasaréis cada día, porque cuanto más conoceréis el mundo por esta vía, tanto más le aborreceréis, y esta abominación será el sexto paso, quiero decir, que vuestra intención de conocer el mundo no sea para quedaros ahí, sino para pasar por ella a aborrecer el mundo. Lo cual os servirá para perder el gusto de las cosas del mundo, como son honras, dignidades, estados, señoríos y riquezas, las cuales todas con esta consideración despreciaréis y tendréis en poco, deseosa de ganar a Cristo y de vivir con Cristo a ejemplo de san Pablo, que estimaba que todas las cosas fuesen inmundicias y suciedad, puesta toda su intención en ganar a Cristo. Y así el mismo san Pablo nos ruega que no nos conformemos con el mundo, sino que renovemos nuestros ánimos a fin de que podamos probar y saber cuál es la voluntad de Dios. Después que habiendo conocido el mundo le hubiereis aborrecido, o por mejor decir, después que hayáis entrado un poco en el conocimiento del mundo y en la abominación del mundo, tomaréis otro poco de tiempo para entrar en el conocimiento de vos misma, y esto será el séptimo paso. ¡Oh, Señora, cuánto importa saber conocerse las personas a sí mismas! Estoy cierto de que si lo supiésemos, en verdad pondríamos mucho mayor estudio y diligencia en esto que en cualquier otra cosa.

JULIA ¿En qué consiste esa importancia?

VALDÉS En que, si no os conocéis, jamás dejaréis de amaros desordenadamente, y mientras os amareis así, no podréis amar a Dios, y mientras no amareis a Dios, no podréis hacer, decir, ni pensar nada que sea en honor de Dios, y no siendo en honor de Dios, pensad si será en utilidad de vuestra alma.

JULIA ¡Si conociese a los otros lo ampliamente que me conozco!

VALDÉS Y también en esto está, Señora, el engaño, que no conociéndoos, pensáis conoceros. Y os hago saber que ha de ser muy espiritual persona que enteramente se ha de conocer.

JULIA Creo que es así, y pues importa tanto este conocimiento, enseñadme cómo haré para conocerme.

VALDÉS Lo primero que debéis hacer es persuadiros de que no os conocéis. Lo segundo, conocer en verdad la necesidad que tenéis de conocerlos. La tercera rogar a Dios que abra los ojos de vuestro entendimiento a fin de que os podáis conocer. Y lo cuarto, ocuparos un poco cada día en examinar vuestros afectos y apetitos que os inclinan a desobedecer a Dios. La cual inclinación habéis de considerar que os viene por el pecado original, y por eso la tendréis por la más perniciosa, porque os es natural, y así os hace que desenfrenadamente os améis a vos misma y queráis todas las cosas para vos. De aquí aprenderéis a no confiar nada en vos, y así viviréis siempre sobre vos. Después de esto, discurriréis un poco por vuestra vida pasada y hallaréis muchos defectos, los cuales os llevarán a conocer quién sois. Conoceréis, como conocía David, mucha iniquidad interior y mucha rebeldía contra Dios, conoceréis, con el mismo, que todo hombre es falso y mentiroso, quiero decir, que tiene mala opinión de las cosas de Dios, y conoceréis con Jeremías que el corazón humano es perverso y conoceréis que dice Dios que los sentimientos y pensamientos del corazón humano son siempre malos. Hallaréis en vos misma mucha ingratitud que habéis usado contra Dios. La conoceréis cada vez que examinaréis, por una parte, los beneficios que habéis recibido de la mano de Dios, tanto generales de que gozan todas las personas del mundo como particulares de que vos sola gozáis y especialmente el beneficio de la pasión de Cristo y el haberos traído a conocimiento de ella a fin de que gocéis y os ayudéis con ella, y por otra parte, vuestras obras, en todas las cuales habéis mostrado grande ingratitud: en las malas, por haber ofendido a Dios que os dio el ser que tenéis y os rescató con su preciosa sangre, y en las que os parecen buenas, porque entenderéis cómo las hacíais no por amor de Dios, sino por amor de vos misma, pues habéis vivido no en amor de Dios, sino en amor de vos. Y por ser el vicio de la ingratitud tanto más abominable y vil en vos cuanto que habéis recibido quizá más dones de Dios, así en el cuerpo como en el alma, que ninguna otra persona que haya hoy en el mundo, pensad si tendréis razón para estar mal con vos y de sospechar de vos todo mal, y así vivir siempre muy recelosa de vos misma. En este conocimiento de vuestra poquedad e ingratitud conviene que entréis cada día, no para demoraros ahí, sino para pasar al octavo paso, Paso que será aborreceros a vos misma. A esto llegaréis fácilmente, porque cuanto más os conoceréis, tanto más os aborreceréis y más sospecharéis de vos todo mal, y si bien enteramente no os aborreceréis, al menos perderéis el amor que tenéis a vos misma, siendo que la cosa que en sí es mala, cuanto más y mejor se conoce, tanto más se aborrece. No digo que os aborrezcáis para maltratar vuestra persona, sino para despojar vuestro corazón del amor propio, el cual es el mayor impedimento que tenemos para la gracia, siendo así que ningún enemigo tenemos tan mortal como éste, porque él es el que por todas las vías y modos que le son posibles trabaja por separarnos de Dios, y nos tiene tan ciegos y tan transportados que apenas nos acordamos de Dios, y por eso dice el profeta Miqueas que los enemigos del hombre son sus familiares. Por tanto, Señora, si queréis caminar fácilmente por este camino cristiano, trabajad (entrando con frecuencia en el conocimiento de vuestra propia miseria y debilidad) por desterrar de vos este mortal enemigo del amor propio, y sabed de cierto que, desterrado éste, os hacéis capaz de que luego al punto venga el Espíritu Santo a morar en vos. Y porque según iréis desnudando vuestro corazón del amor propio le iréis vistiendo del amor de Dios, conviene, Señora, que luego paséis al nono paso. Este es que como habéis tomado un poco del día para entrar en el conocimiento de vos misma y venir con él a desamoraros de vos misma, así sin tardar mucho toméis de él otro poco para entrar en el conocimiento de Dios y venir por él a enamoraros de Dios. A esto vendréis fácilmente, ya que lo que en sí es bueno, cuanto más se conoce, tanto más se ama. Y para que de mejor gana entréis en este conocimiento, sabed que dice Cristo que la vida eterna consiste en conocer a Dios y a su Hijo Jesucristo, y que el Sabio dice que conocer a Dios es perfecta justicia y que saber la justicia y la virtud de Dios es raíz y fundamento de inmortalidad.

JULIA Haced cuenta que así como no he sabido conocerme a mí misma, mucho menos sé conocer a Dios, y enseñadme cómo he de conocerlo.

VALDÉS Tres vías hay por las cuales las personas han llegado y llegan al conocimiento de Dios: la una es por luz natural, ésta tuvieron los filósofos gentiles, y tienen hoy las gentes que no conocen a Cristo. De este conocimiento habla san Pablo cuando dice que por las cosas visibles vienen las personas a conocimiento de las cosas invisibles de Dios. Y es así que, considerando las personas esta fábrica mundana en la cual ven tantas

cosas excelentes, van indagando e imaginando las que no ven, y por unas y por otras vienen a conocer que Dios, el cual las hizo, es omnipotente, y pasando más adelante a la consideración de la admirable providencia con que gobierna y rige todas las cosas de tal manera que las unas no impiden a las otras, antes unas ayudan y sirven a otras, vienen a conocer que Dios es sumamente sabio y la misma sabiduría. Además de esto, pasando a la con-sideración de igualdad con la cual sin diferencia todos estos bienes celestiales y terrenales son repartidos a las personas del mundo, conocen en Dios suma bondad. De manera que sólo con la luz natural las personas del mundo, leyendo en el libro de las cosas creadas, han conocido y conocen en Dios omnipotencia, sabiduría y bondad. La otra vía de conocer a Dios es por la sagrada escritura, quiero decir por el Testamento Testa- Viejo el cual daba conocimiento de Dios pero imperfecto, mostrándolo airado, cruel y vengativo, y por eso le llama Dios de la venganza y Dios de los ejércitos, y así otros nombres de rigurosidad. De este modo conocían a Dios los ciegos hebreos, pero todavía es un conocimiento menos oscuro que el que tenían los gentiles, pues aunque sirviesen como esclavos, ya servían como sea. La tercera vía de conocer a Dios es por Cristo. Esta Conocer vía es la cierta, la clara y la segura, y éste es el camino llano, real y señorial. Y sabed, Señora, que en conocer a Dios por Cristo consiste todo el ser del cristiano, porque para conocer a Dios por Cristo es necesario conocer antes a Cristo. Y porque no podemos conocer a Cristo por luz natural ni por otra industria humana si Dios interiormente no alumbra y abre los ojos de nuestra alma, y digo que este conocimiento de Dios por Cristo es sobrenatural, para el cual es menester gracia especial de Dios. Y que sea verdad que no podemos tener verdadero conocimiento de Dios sino por Cristo, lo demuestra el mismo Cristo, diciendo que ninguno puede venir a él si su Padre eterno no lo llevará y lo demuestra también por lo que respondió a san Pedro cuando le confesó por verdadero hijo de Dios, diciéndole: «Bienaventurado tú, Simón, hijo de Juan, porque no alcanzaste esto por razón humana ni por luz natural, sino porque así te lo ha revelado mi Padre que está en los cielos.» Cuando conocemos a Dios por Cristo, lo conocemos amoroso, benigno, misericordioso y piadoso, porque en Cristo hallamos amor, benignidad, misericordia y piedad. Ved aquí, Señora, tres vías para conocer a Dios según tres diferencias de generaciones de gentes que han tenido y tienen conocimiento de Dios.

Y porque las dos primeras no son a vuestro propósito, las dejaréis estar, y solamente os ejercitaréis en la tercera, que es conocer a Dios por Cristo. Mas, para que el ejercicio os sea provechoso, conviene que conozcáis a Cristo no con Conocer conocimiento adquirido por costumbre ni ganado por ingenio e industria humana, sino por lumbre de fe inspirada por el Espíritu Santo. De esta manera es de necesidad que conozcáis a Cristo si queréis venir por Cristo a conocer perfectamente a Dios.

JULIA No sé qué os responda, me parece que conozco bien a Cristo, salvo si no hay otro conocimiento secreto al que no llego.

VALDÉS Pues este conocimiento secreto es el que digo, al cual llegan las personas por inspiración. Y porque no pensemos que baste el conocimiento público de Cristo que tiene un asesino y un traidor, nos desengaña san Juan diciendo que el que dice que conoce a Dios y no observa sus mandamientos, es mentiroso.

JULIA Me parece que me apretáis mucho, y tanto más lo siento cuanto que no tengo que replicaros. Pero no perdamos tiempo, por vida vuestra, que me abráis un poco el camino por el cual yo pueda entrar en el verdadero conocimiento de Cristo.

VALDÉS Yo os daré, Señora, algunos principios, mediante los cuales, encomendándoos a Dios, el mismo Dios os revelará el resto. Y así digo que el verdadero conocimiento de Cristo (pues ya creéis que es verdadero Dios y verdadero hombre y como Dios, igual a su eterno Padre y una cosa misma con él), consiste, Señora, en saber y considerar a qué vino el hijo de Dios al mundo hecho hombre, por qué padeció y por qué resucitó.

JULIA Estas tres cosas quiero aprender de vos de la manera que vos las consideraréis.

VALDÉS Podéis, Señora, considerar que Cristo vino al mundo a satisfacer por el pecado original, porque habiendo sido la culpa infinita respecto a Dios que fue ofendido, convenía que la satisfacción fuese infinita, y ésta no la podía efectuar sino el mismo Dios que es infinito. Y por eso el Hijo de Dios hecho hombre satisfizo

por el pecado del primer hombre y juntamente por todos los pecados de todas las personas que fueron, eran, son y serán, y a los que dejarán de gozar de esta satisfacción les faltará por su culpa. Cristo vino a habilitar a los hombres para que puedan ser hijos de Dios, vino a mostrarnos el camino del cielo, vino a confundir la soberbia de la carne y a predicar la humildad del espíritu, vino a destruir la muerte, vino a quebrantar las fuerzas del demonio, vino a darnos y comunicarnos su espíritu con el cual pudiésemos hacer la voluntad de Dios, porque con la ley solamente nos había Dios declarado su voluntad, más la ley no nos daba fuerzas con las que pudiésemos cumplirla, vino a mostrarnos el amor que su Padre eterno tiene al género humano, el cual perfectísimamente se ve y conoce en Cristo, y en fin vino a abrimos las puertas del paraíso y a habilitarnos para que pudiésemos entrar en él. Ahora, considerando estas razones por las que vino Cristo, pensad si podremos adquirir por otros que por el hijo de Dios hecho hombre tantos y tan singulares beneficios. Además de esto, cuando queráis considerar por qué padeció, os lo enseñará el mismo Cristo, diciendo: «Cum exaltatus fuero a térra, omnia traham ad me ipsum», esto es, «Cuando yo seré levantado de la tierra, traeré toda cosa a mí mismo». Como si dijese: Para desarraigar las personas del amor a las cosas de este mundo y enamorarlas de las cosas de la vida eterna, es necesidad que yo sea puesto en una cruz y diciendo en otro lugar que convenía que él fuese puesto en la cruz para que todos los que en él creyesen, se salvaran. Y sabed de cierto que no hay lugar ninguno donde mejor podáis conocer a Dios que en Cristo crucificado. Y os sé decir más, que si la contemplación de Cristo crucificado no os desenamora de las cosas del mundo y os enamora de las cosas de Dios, siempre estaréis miserablemente ligada a las criaturas, tanto que una de las cosas porque yo pienso que san Pablo llama a Cristo medianero entre Dios y los hombres es porque no podemos conocer, creer ni amar a Dios sino mediante la contemplación de Cristo crucificado, el cual padeciendo hizo dulce el padecer, y sufriendo hizo fácil el sufrir, y siendo injuriado hizo dulces las injurias, y muriendo hizo sabroso el morir. ¿No os parece que fueron estas razones muy bastantes para que Cristo padeciese? ¿No os parece que en ellas nos ha mostrado Cristo tanto amor como basta para que nos desamorem de nosotros mismos y nos enamorem de Dios? Pero considerando más adelante hallaréis que Cristo resucitó para que nosotros resucitésemos con él así en espíritu en esta vida como en carne en la vida eterna, y la resurrección espiritual acontece cuando por medio de la mortificación del hombre viejo viene a ser vivificado el nuevo.

Y esto es pasar de la muerte a la vida. Y así como Cristo por la muerte vino a la resurrección, así nosotros por la mortificación venimos a la vivificación. Y esto es lo que Cristo dijo a Nicodemo, que el que no fuere regenerado por agua y por Espíritu Santo, no puede entrar en el reino de Dios. Consideraréis también en Cristo que subió a los cielos para levantar nuestros ánimos a la contemplación de las cosas celestiales. A la cual nos convida san Pablo diciendo: Si habéis, hermanos, resucitado espiritualmente con Cristo, levantad vuestros ánimos a las cosas altas, donde Cristo está sentado a la diestra de su Padre eterno, investigad las cosas altas, no las que están sobre la tierra. Y finalmente consideraréis que mandó Cristo el Espíritu Santo para que nos enseñase la verdad de las cosas, para que desterrase de nosotros todo amor de las cosas corporales, para que nos inflamase en el amor a las cosas espirituales y para que mediante él recuperásemos y restaurásemos en nosotros la imagen de Dios a cuya semejanza fuimos creados. Por estas consideraciones podréis, Señora, venir poco a poco (ayudándoos Dios y favoreciándoos con su gracia) al perfecto conocimiento de Cristo y por Cristo al verdadero conocimiento de Dios. Y así os iréis enamorando de Dios y enamorando de Cristo. Y de la misma manera iréis verificando dentro de vos las verdades que confesáis en el Credo, de modo que lo que ahora confesáis por El Credo. obediencia sojuzgando vuestro entendimiento, entonces lo confesaréis con alguna experiencia. De este modo, que así como conjunto el primer conocimiento de Dios que es por luz natural cual lo hubieron los gentiles con el conocimiento que se tiene por la escritura del Testamento viejo que tuvieron los hebreos, puede uno con verdad decir que cree en un Dios Padre omnipotente creador del cielo y de la tierra, así, y mucho mejor, después que hayáis conocido a Cristo y por Cristo conocido a Dios y por Dios volviendo a conocer a Cristo, podréis y por decirlo mejor diréis con verdad, sintiendo en el alma lo que decís, lo mismo que el otro ha dicho y confesado, y pasando más adelante diréis con verdad que creéis en Jesucristo, hijo de Dios, un solo Señor nuestro. Esto creeréis así, porque el amor y la obediencia con que conocéis que Cristo se mostró obedientísimo a la voluntad de Dios, y todas las otras divinas perfecciones que conoceréis en Cristo, os certificarán que Cristo es hijo de Dios, y la dulzura y caridad que consideraréis en Cristo os constreñirá a

tenerlo por solo absoluto Señor vuestro. Y pasando más adelante en la verdad creeréis que fue concebido por obra del Espíritu Santo, porque la admirable perfección que conoceréis en Cristo os asegurará de que su generación o concepción no fue cosa ordinaria, sino verdaderamente obra del Espíritu Santo. Y con esta seguridad, entrando más profundamente en el conocimiento de Cristo, confesaréis puramente que nació del vientre de la virgen María, porque entenderéis que tanta perfección como conoceréis en Cristo no podía nacer sino de madre perfectísima, y por eso convenía que fuese virgen antes del parto y en el parto y después del parto. Después de esto cuando sentiréis dentro de vuestra alma que contra toda razón natural os es dulce el padecer, os es sabroso el penar y os es gloriosa la cruz, conociendo en verdad que la gloria en la confusión y la honra en el vituperio no se hallarían si Cristo no hubiese ennoblecido una y otra, con viva fe confesaréis que Cristo padeció siendo presidente Ponzio Pilato. Y cuando habréis crucificado y sepultado con Cristo vuestro hombre viejo con todas sus aficiones y sus apetitos, no tendréis duda alguna en creer y confesar que Cristo fue crucificado, muerto y sepultado. Tras esto, cuando os Sepulta- veáis libre en alguna manera del peso de vuestros apetitos y aficiones, considerando que así como Cristo os ha libertado de aquel infierno, así también libró a los santos padres del limbo, creeréis Libró el con verdad que Cristo descendió al infierno. Y limbo- cuando, pasando más adelante, sentiréis la vivificación del hombre nuevo, y por ella veréis que habéis resucitado con Cristo, seréis forzada a confesar que el mismo Cristo al tercero día resucitó de la muerte. Y cuando vendréis a sentir que todos vuestros deseos van enderezados al espíritu, todos caminan hacia el cielo, conoceréis que ya Cristo está en el cielo sentado a la diestra de Subió al Dios Padre, y así lo confesaréis. Luego, inflamado vuestro ánimo con deseo de que el mundo vea a Cristo glorioso pues que ya le vio pasible, teniendo por cierto que ha de ser así, confesaréis que Cristo ha de venir a juzgar a los vivos y a los muertos. Y porque el Espíritu Santo que mora en vos os abrirá los ojos para que conozcáis en muchas otras personas el mismo espíritu, conforme a lo que dice David: «Qui timent te, videbunt me, et lætabuntur», esto es, «Los que te temen me verán y se alegrarán», con todo el corazón a boca llena confesaréis al Espíritu Santo. Con este mismo conocimiento creeréis también en la santa Iglesia católica y en la comunión espiritual de las santas personas que hay en ella. Siendo así que conoceréis de verdad que Cristo tiene aquí en el mundo una iglesia universal santa por la participación de la santidad de Cristo, la cual iglesia abraza y contiene buenos y malos, y que tiene una unión espiritual de personas santas mantenidas por la gracia del Espíritu Santo, las cuales viven en fe, esperanza y caridad. Y conociendo que habiendo confesado vuestros pecados a un sacerdote de esta iglesia universal, y habiéndoos absuelto él, y habiendo vos dado crédito a la absolución que de parte de Dios os dio, sentís vuestro ánimo pacificado y aquietado, confesaréis en verdad que en esta iglesia universal hay remisión de pecados. Además de esto, cuando por experiencia interior habréis sentido la verdad de todo lo restante que un fiel cristiano debe creer, no dudaráis en confesar la resurrección de los cuerpos. Lo que os será tanto más fácil de confesar cuanto que habréis confesado la resurrección de Cristo y en vuestra alma comenzado a sentir el provecho de ella. Finalmente, cuando sentiréis y gustaréis cuerpos. lo que de la dulzura y amor de Cristo aquí en esta vida se siente y se gusta, teniendo ese tal gusto y sentimiento por señal de lo que habéis de gustar y sentir en la otra vida, donde cierto esperaréis ir a gozar perpetuamente con Cristo, no dudaráis de confesar la vida eterna, y entonces, La vida cuando tengáis dentro de vos tal experiencia, eterna- vuestra fe será viva y verdadera, porque tendréis dentro de vos la experiencia de ella. Ahora mirad bien y considerad, Señora, el fruto que sacaréis de conocer a Dios por Cristo y considerando que tanto seréis cristiana cuanto tendréis vivo en vuestra alma este conocimiento de Dios por Cristo, estoy seguro que de buena gana os olvidaréis algún tanto de vos misma, entrando en este divino conocimiento, en el cual debéis entrar muchas veces al día si queréis caminar por este camino cristiano. Pues quiero, Señora, que lo hagáis así, porque quiero que ya comencéis a caminar y que no se os deslice el tiempo en deseos, pues yo no os sabría decir más de lo dicho en torno a este conocimiento de Cristo. Espero bien en la bondad de Dios que, cuando comenzaréis a entrar en él, hallaréis tantas cosas de las cuales yo aquí no he sabido hacer mención, que cuanto ahora me tenéis por largo en hablar, tanto entonces me tendréis por corto en decir.

JULIA Antes, me alegraba tanto oíros que el mayor displacer que me habéis hecho ha sido pasar tan brevemente por cosas tan altas y tan importantes. Mas os digo, que por no interrumpiros he dejado de

preguntaros algunas cosas que se me ofrecían, que ya se me han ido de la memoria. Pero no importa, seguid adelante.

VALDÉS No sé qué más deciros sobre esto sino que quiero que os sirva lo ya dicho más para dar en el hito de entrar en el conocimiento de Dios y de Cristo que para adivinar: porque adivinar ha de ser Orada por especial don y gracia de Dios, la cual vos siempre habéis de pedir afectuosísimamente, y cuando así se la pidiereis, os prometo que no os la negará.

JULIA ¡Gran cosa es la fuerza que tiene la palabra de Dios! Lo digo, porque os certifico que no hay razón ninguna de cuantas os oigo que de nuevo no me acrecienten la voluntad que tengo de caminar por este camino cristiano.

VALDÉS Todas esas nuevas voluntades habéis, Señora, de abrazar y reconocer de la mano de Dios. Y sabed que mis palabras no podrían bastar a esto si allá dentro no os estuviese solicitando el Espíritu Santo. Ahora, porque en ninguna cosa podemos las personas conocer ni entender enteramente el amor que Dios nos tiene, su misericordia, su piedad y su benignidad, sino en Cristo, por eso digo, Señora, que la vía más cierta y el camino más señorial para llegar a conocer a Dios es el conocerlo por Cristo. Y así dice el mismo Cristo que él es el camino, la verdad, la vida, y así el Padre eterno nos conduce a conocer a Cristo y Cristo nos trae a conocer al Padre eterno, y a Cristo no podemos venir sino por Dios, y la vida eterna consiste en conocer a Dios y en conocer a Cristo, porque así dice el mismo Cristo hablando con su Padre eterno:

«Ésta es la vida eterna, que las personas te conozcan a ti, verdadero Dios, y a Jesucristo, al que enviaste al mundo».

JULIA Ruego a Dios que me dé gracia de que le conozca en verdad, así como él quiere ser conocido.

VALDÉS Tened, Señora, buena confianza en Dios que cierto le conoceréis, y conociéndole, procuraréis enamoraros de él, sirviéndoos de este conocimiento para este efecto. Y éste será el décimo paso, con el cual quiero que, ejercitándoos en el conocimiento de Dios y en el conocimiento de Cristo, os enamoréis de Dios y os enamoréis de Cristo, quiero decir, que comencéis a enamoraros de Dios y a enamoraros de Cristo. Del cual amor, porque ya en lo pasado os he dicho bastante, remitiéndome a ello, no quiero entreteneros en deciros particularmente nada de la necesidad que tenemos de él, como de los maravillosos efectos que hace en el alma donde está vivo y ferviente, y cómo, según san Juan, Dios es caridad, y el que vive en caridad vive en Dios y Dios vive en él, que es, cierto, otra dignidad y otra felicidad que vivir en el mundo y que el mundo viva en nosotros. Digo, pues, que quiero pasar por todo esto y venir a deciros y certificaros que mediante el conocimiento de vos misma tanto perderéis del amor propio de vos misma cuanto mediante el conocimiento de Dios ganaréis del amor de Dios. Y esto es, salir de vos, y entrar en Dios.

JULIA Por eso dicen que tanto vale el que no entiende como el que no ve. Había oído decir mil veces eso, salir una persona de sí y entrar en Dios, más nunca lo había acabado de entender del todo hasta ahora.

VALDÉS Tanto más estáis obligada a amar a Dios, pues os ha conservado en este mundo hasta que habéis venido a conocer lo que hasta aquí no habíais conocido.

JULIA Tenéis razón. Quiera Dios que sea aprovecharme.

VALDÉS En tanto hará eso en cuanto vos podréis forzar vuestra voluntad a confiaros enteramente en Dios. Y porque cuanto más firme está la fe en nuestras almas, tanto más ferviente está la caridad, y cuanto más ferviente está la caridad, tanto más firme está la fe, quiero, Señora, que de ordinario refresquéis en vuestra memoria las cosas que la Iglesia manda que creáis.

JULIA Pero sólo para eso será menester todo el día.

VALDÉS Entiendo solamente del Credo, el cual quiero que cada día refresquéis en vuestra memoria no con decirlo por costumbre con la boca, más con entenderlo sencillísimamente y considerarlo con el ánimo, y éste

será el undécimo paso. Y porque, como habéis visto por lo que antes os dije, en la fe hay credulidad y confianza en creer las cosas que están por venir, os confirmaréis por la consideración de las cosas pasadas, quiero decir que así como la esperanza del efecto que conocéis que ha hecho la predicación del evangelio de Cristo en las personas os hace cierta de que por lo pasado Dios ha sido verídico, así también os confirmaréis en creer que lo mismo será en lo que está por cumplirse, como es la resurrección de los muertos, el juicio final, la vida eterna, la condenación de los malos y la salvación de los buenos. En la confianza asimismo os confirmaréis y fortificaréis, reduciendo a vuestra memoria algunas promesas que ha hecho Dios y halas cumplido, como la de enviar a Cristo para redención del género humano, que había prometido a los patriarcas y a los profetas, y como la promesa y de la sucesión de Abraham. Y, viniendo al Testamento Nuevo, os acordaréis que prometió Cristo que resucitaría, y resucitó. Prometió que enviaría el Espíritu Santo, y le envió. Prometió que no faltaría la fe en la iglesia cristiana, y no ha faltado. Prometió que estaría con los cristianos hasta el fin del mundo, y hasta ahora ha estado, está y estará. Prometió que cuando viniese el Espíritu Santo a los apóstoles les enseñaría toda la verdad, y así lo cumplió. Pues hallando vos, Señora, que él ha cumplido todas estas promesas, fácil cosa os será dar crédito a todas las que os dirá. Y así, cuando sentiréis que os dice que no tengáis ansiedad por proveeros de las cosas de este mundo, sino que busquéis primero el reino de Dios y su justicia, y que él os proveerá de todas estas cosas, lo creeréis y os confiaréis en él. Y de la misma manera, cuando sentiréis decir que Cristo promete darnos todo lo que por confianza de su bondad y liberalidad le pediremos, tendréis por cierto que os dará lo que pediréis, y que si no os lo dará, creeréis que es por vuestra incredulidad, y de esta manera os confirmaréis y fortificaréis en la fe en cuanto es confianza. Y porque, así como entrando en el conocimiento de Dios y de Cristo os enamoraráis de Dios y de Cristo y pondréis toda vuestra confianza en las promesas de Dios por Cristo, así también, enamorada de Dios y de Cristo, y confiándoos de Dios y de Cristo, conviene que por estos medios paséis un paso más adelante. Este será confirmaros en la esperanza de la vida eterna, a la cual esperaréis ir para gozar perpetuamente de Dios y de Cristo, y éste será el duodécimo paso de este camino cristiano. En esta consideración procuraréis disponer vuestro ánimo de tal manera que tenga una viva esperanza de gozar de Dios en la gloria tan firme y cierta que de ella no tenga duda alguna. Y sabed de cierto que tanto tendréis de esperanza cuanto tendréis de fe, y tanto tendréis de fe cuanto tendréis de caridad, y mismamente tanto tendréis de caridad cuanto de fe y tanto de fe cuanto de esperanza, porque estas tres virtudes cristianas van siempre tan hermanadas que una no está nunca sin la otra, digo, cuando una se halla perfectamente y vive perfectamente en el alma. ¿Os contentan estos doce pasos que os he mostrado?

JULIA Podéis pensar si me contentan: lo bueno fuera que estuviese yo libre de estos fastidios y trabajos en los que estoy como bien sabéis, que me tienen tan enajenada de mí que, si en otro tiempo me hubieseis visto, no me conoceríais ahora.

VALDÉS Confiaos, Señora, en Cristo y proponeos llegar por este camino a él, y creedme que él os ayudará muy ampliamente a quitar todos estos vuestros fastidios y trabajos, antes con tan buena compañía no hay cosa en esta vida que sea fastidiosa ni trabajosa, si no es ver que las personas del mundo ofenden a Dios y contradicen y desprecian su ley y su doctrina.

JULIA Todo esto lo creo ampliamente, mas ¿cómo hacer para acordarme de todo lo que sobre esto habéis dicho?

VALDÉS Si no os acordaréis de todo, bastará a lo menos que os acordéis de parte. Y quiero desengañaros en esto, que no os doy estas reglas para que estéis atada a ellas, porque mi intención es que no os sirváis de ellas sino como de un alfabeto cristiano por medio del cual podáis venir a la perfección cristiana. Y de todas las cosas dichas me contento que recordéis que el paso primero es que conozcáis que el camino por el cual hasta ahora habéis caminado no os podía conducir a Cristo. El segundo, que tengáis voluntad de caminar por éste que sin falta os conducirá a Cristo. El tercero, que os determinéis a comenzar a caminar por él. El cuarto, que dejéis las costumbres y conversaciones profanas y que os pueden separar de Dios, y que desechéis todas las cosas curiosas. El quinto, que cada día toméis un poco de tiempo para entrar en el conocimiento del mundo. El sexto, que mediante este conocimiento trabajéis para despreciar y aborrecer el mundo. El séptimo, que

toméis cada día un poco de tiempo para entrar en el conocimiento de vos misma. El octavo, que mediante este conocimiento trabajéis por librar vuestro corazón del amor propio de vos misma. El nono, que toméis otro poco de tiempo para entrar en el conocimiento de Dios y que entréis por el conocimiento de Cristo. El décimo, que mediante este conocimiento os enamoréis de Dios por medio de Cristo, enamorándoos mismamente de Cristo. El undécimo, que así por las historias del Testamento Viejo como por las del nuevo confirméis en vuestra alma la fe en cuanto es credulidad y en cuanto es confianza. El duodécimo, que igualmente confirméis y fortifiquéis en vuestra alma la esperanza de la vida eterna. Y porque quiero que caminéis por este camino, como señora y no como sierva, como libre y no como esclava, con amor y no con temor, advertid que no quiero que toméis supersticiosamente estos pocos tiempos que digo para estas consideraciones, dedicándoles más una hora que otra o una parte de vuestra casa más que otra, porque quiero que los toméis con libertad de ánimo en la hora que más os agrada y en la parte de vuestra casa que más os satisfará, y cuando no tengáis otro tiempo, me contentaré con que toméis el de cuando estáis despierta en la cama, o me contentaré con el de cuando andáis paseando por casa diciendo padrenuestros sin entender ni considerar lo que decís por tener la intención ocupada en las cosas del mundo y a veces en hacer castillos en el aire, que todos éstos son tiempos perdidos. Y ya veis que todo cuanto hasta aquí os he dicho lo podréis hacer sin que persona del mundo os sienta ni entienda. Y así también veis que todo esto es de calidad que nadie os lo puede impedir ni disturbar sino sólo vuestra malicia, vuestro olvido y el descuido de Dios.

JULIA Bien lo veo, es fuerte cosa haber de parar la persona atención en tantas cosas.

VALDÉS Es fuerte al principio por la repugnancia que se tiene por parte del hombre viejo, pero luego se hace fácil según éste va muriendo. Tanto más que no sé por qué habéis de tener por fuerte la consideración ordinaria de ocho cosas de las cuales, si bien cuatro son desabridas, las otras cuatro son tan amorosas y tan sabrosas que asaz bastan para hacer dulces y sabrosas todas las otras, tanto más que estas consideraciones no os impiden sino los tiempos perdidos.

JULIA Dios me dé su gracia, porque voy viendo que es bien necesario.

VALDÉS Sí daré, mientras conoceréis en verdad que tenéis necesidad de ella y con ese conocimiento, se la pediréis, y sabed que aun este conocimiento os viene por gracia especial de Dios. Ahora quiero que traigáis a vuestra memoria lo que poco a os dije de la división que hace san Pablo del hombre, partiéndolo en hombre viejo y en hombre nuevo, no sé si os acordáis bien de lo que en torno a esto os dije.

JULIA Me acuerdo muy bien.

VALDÉS Pues que os acordáis, sin volverlo a repetir digo, Señora, que por el ejercicio mental del cual hemos razonado en los doce pasos, habéis de comenzar vuestro camino cristiano, y digo que le habéis de continuar por otro ejercicio que también quiero que sea mental, a fin de que salgáis con vuestra intención de adquirir a Cristo sin perder el mundo. Esto es que estéis con continuo cuidado y vigilancia de mortificar en vos el hombre viejo y vivificar el nuevo. Y quiero que sepáis que así como, conociendoos a vos misma os desamoraréis de vos y conociendo a Dios, os enamorarán de Dios, y así como cuanto quitáis del amor propio de vos misma tanto añadís del amor de Dios, así, ni más ni menos, cuanto mortificáis del hombre viejo tanto vivificáis del hombre nuevo,

JULIA Es menester que me digáis cómo he de hacer esa mortificación y vivificación.

VALDÉS Ya os digo que, haciendo la mortificación, hacéis a la par la vivificación, y haréis la mortificación por la negación de la voluntad, quiero decir negando y contrastando vuestra voluntad en todas las cosas así en las pequeñas como en las grandes. Y sabed cierto que sin esta negación de la voluntad de ningún modo podemos ir a Cristo. Porque, estando nuestra voluntad naturalmente inclinada a amarse y a querer todo lo contrario a lo que Cristo quiere, pensad si será necesario vencerla y negarla para seguir a Cristo. Y por eso dice el mismo Cristo: «el que quiera venir en pos de mí niéguese a sí mismo», quiere decir, niegue su voluntad y tome sobre las espaldas la cruz de sus trabajos y penas, y sígame. Esto mismo tenía san Pablo cuando nos

aconseja que no hagamos todo lo que queramos, quiere decir, que neguemos nuestras voluntades. Y que se ofenda Dios con tener enteras nuestras voluntades parece bien por lo que dice por Isaías hablando del ayuno, donde una de las cosas que reprende, por las cuales dice que nuestro ayuno no es bueno, es porque en el día que ayunamos tenemos enteras nuestras voluntades. Y esto es porque, mientras nuestras voluntades están enteras, el hombre viejo está vivo, y estando vivo el hombre viejo, la carne con sus apetitos y afectos vive y reina en nosotros, y mismamente el amor propio, con el cual somos hechos ídolos de soberbia y de arrogancia. De manera, Señora, que de todos modos conviene que os ejercitéis en esta negación de vuestra propia voluntad.

JULIA Fuerte paso me parece éste.

VALDÉS Fuerte sería para un ánimo bajo, plebeyo y servil, más para un ánimo alto, generoso y valeroso como es el que Dios os ha dado, no es nada fuerte, antes, si bien lo consideráis, es más fuerte cosa tener tan libre y suelta vuestra voluntad que os lleve como con el lazo a todo cuanto le da la gana, porque ésta es cruel e insoportable servidumbre. ¿No os parece que tenga razón?

JULIA Si así pudiese yo hacer lo que me decís como conozco que en todo esto tenéis gran razón, os prometo que no habría persona en el mundo que me pusiese el pie delante en este camino cristiano, pero...

VALDÉS No digáis eso, Señora, por vuestra vida, más recobrad, recobrad ánimo y no desmayéis, y pensad que el peso de todo esto no lo habéis de llevar vos, sino Cristo por vos, porque el amor os lo hará fácil y ligero.

JULIA Bien, pues se ha de hacer, no hay que gastar palabras. Decidme cómo he de hacer para negar mi voluntad.

VALDÉS Cuanto a lo primero, conviene, Señora, que tengáis por averiguado que vuestro enemigo doméstico es vuestra voluntad, que siempre os convida a cosas que os aparten de Dios. Y porque Nuestra muchas veces cubre tales cosas con capa de virtud y santidad, determinaos, Señora, de hoy en adelante a no hacer, decir ni pensar cosa alguna de cuantas la voluntad os ofrece sin examinarlas Examen. antes muy bien, representándolas al entendimiento para que él las verifique con la regla de la ley de Dios. Y porque todas las cosas o son buenas en sí o son malas en sí o son indiferentes, estad, Señora, sobre aviso, y cuando la voluntad os convidará a hacer, decir o pensar alguna cosa, examinadla antes, como digo, con la regla de la ley de Dios, y si hallaréis que esa tal cosa es mala en sí, apartadla de vuestra fantasía y mandad a vuestra voluntad que no la lleve delante a ejemplo de Cristo que, diciéndole el demonio que le adorase, le respondió con la ley de Dios: «Dominum Deum tuum adorabis», esto es, «Adorarás al Señor Dios tuyo», como si dijese: «No te quiero adorar porque la ley de Dios manda que no adore sino a él». Y si hallareis que es buena en sí, ponédla luego por obra sin perder la ocasión. Y si se os ofrece lo que hallareis que es indiferente, pensad un poco en ello, y hallando que os puede venir más mal que bien, dejadlo estar, y hallando que os puede venir más bien que mal, tomadlo, pero mirad bien que no os engañéis. Porque muchas veces el demonio se transforma en ángel de luz, y muchas veces nos mueve la carne y pensamos que es el espíritu. Y si la tal cosa será de calidad que en ella no pueda haber ni mal ni bien más que una satisfacción de vuestra voluntad, dejarla o tomarla importa poco. Bien es verdad que será mejor dejarla, porque cuanto más contrariáis vuestra voluntad, tanto más la mortificáis. Pero mirad, Señora, que digo que quiero que hagáis este examen continuamente y que no os mováis jamás a hacer, decir, ni pensar una cosa sin hacer antes estas consideraciones que os he dicho.

JULIA Me esforzaré en esto lo mejor que podré. Mas querría, para entenderlo mejor, que me lo declaraseis poniéndolo más en práctica.

VALDÉS La declaración verdadera será que comencéis a ocuparos en este ejercicio y con él aprenderéis más en una semana que sin él aprenderíais en diez años.

JULIA Pero ayudará mucho que me digáis algunas particularidades.

VALDÉS Digo, Señora, que porque nuestra voluntad siempre se mueve a querer alguna cosa por uno de los cinco sentidos corporales, conviene que tengáis mucha guardia de ellos, no dejándolos desordenar en cosa

alguna de tal manera que ni sentidos. por los ojos, ni por el oído, ni por el gusto, ni por el olfato, ni por el tacto pueda entrar a la voluntad cosa alguna que la pueda alterar ni perturbar. Esta guardia es necesario tener hasta tanto que los sentidos estén tan mortificados a las cosas del mundo que ningún deleite hallen en ellas, y aun entonces es necesario que no nos descuidemos, porque con nuestro descuido pudieran volver a revivir. Y sabed, Señora, que tanto cuanto mortificaréis vuestros sentidos exteriores, tanto vivificaréis los interiores. Y será cierto así que cuanto menos os deleitaréis en mirar las cosas corporales, tanto más os alegraréis en mirar con viva fe y cordial amor las cosas espirituales. Y cuanto menos os alegraréis de oír las cosas profanas y vanas, tanto más os ocuparéis en oír y escuchar exteriormente la palabra de Dios e interiormente las divinas inspiraciones, y así oiréis la voz de Dios cuando interiormente hablará con vuestra alma. Y cuanto menos os deleitaréis con los manjares exteriores, tanto más interiormente os desvelaréis y avivaréis por gustar las cosas interiores, que son pastos del alma. Y cuanto menos os placerán y contentarán los olores corporales, tanto más y mejor vuestra alma olerá las cosas divinas y espirituales, y dirá a Cristo como buena esposa: «Currimus in odorem unguentorum tuorum», esto es, «Corremos al olor de tus ungüentos». Y cuanto menos vuestro cuerpo se gozará en tocar cosas que le sean placenteras y deleitables, tanto más vuestra alma se aficionará a enclavarse sus pies y manos con Cristo en la cruz. Por tanto, conviene, Señora, que continuamente estéis sobre aviso para la mortificación de estos sentidos exteriores, pues conocéis que por ella vivificáis los interiores. Juntamente mortificaréis en vos poco a poco el respeto del mundo, porque en tanto estimaréis más a Dios en cuanto tendréis en menos al mundo. Mortificaréis todo afecto de ira y todo afecto de venganza. Esto haréis ejercitándoos en la paciencia y en el sufrimiento, en la humildad y en el desprecio del mundo. Y porque quiero que estas virtudes cristianas vivan siempre en vuestra alma, quiero que de tantos en tantos días examinéis y toméis cuenta a vuestro ánimo para saber lo bien fundado que está en ellas. Esto haréis considerando vivamente y en verdad cómo recibiríais con paciencia una adversidad que os aconteciese, cómo sufriríais una injuria o molestia que os fuese hecha, cómo toleraríais que una persona baja y plebeya os precediese, cómo pasaríais por la confusión del mundo cuando las personas de él os despreciasen y tuviesen en poco. Y a la vez que os examinéis lo firme que estáis en la fe, lo cierta que estáis en la esperanza, lo ardiente que estáis en la caridad. Esto haréis tomándoos cuenta de cómo os confiáis en las promesas de Dios en las cosas corporales. Porque de aquí podréis juzgar cuánto os confiáis en las cosas eternas, pues en verdad el que no se resuelve a confiarse en Dios que le proveerá de las cosas que pertenecen al cuerpo sin solicitud suya, no sé cómo se resolverá a confiarse en Dios que le dará las cosas que pertenecen al alma, y cómo esperaréis gozar de Dios en la vida eterna. Y examinando todas vuestras obras si van enderezadas a vuestra utilidad corporal o espiritual o derechamente a la honra de Dios y al bien de vuestro prójimo, conocéis lo adelante que estáis en la caridad. Quiero más, que hecho este examen, si no hallareis vuestros afectos y sentidos tan mortificados que verdaderamente estas virtudes viven y reinan en vos, con cordial afición pongáis los ojos de vuestra alma en Cristo crucificado y con el corazón le digáis estas u otras semejantes palabras: «*”Oh, Cristo mío, favoréceme, con tu gracia de tal manera que, por tu virtud venciendo estos mis afectos y mortificando estos mis sentidos, vivifique y plante en mi alma estas virtudes cristianas de suerte que siempre tú, Señor mío, vivas en mí y yo viva en ti.”*»

JULIA ¡Cómo me habéis dado la vida con esto! No habéis dicho aquí cosa mejor. Pero querría saber de vos cómo conoceré que he hecho esta mortificación o vivificación.

VALDÉS Ya os he dicho que ésta es una cosa que se comienza en el bautismo y dura por toda la vida del hombre, porque, mientras vive, halla siempre qué mortificar en sí. Porque estos afectos y apetitos, que en nosotros por el pecado original son desenfrenados, siempre reverdecen y tornan a brotar. Por tanto os digo que no os descuidéis jamás creyendo haber hecho esta mortificación hasta que conozcáis que estáis tan ajena de ira y de venganza que por nada que las personas del mundo os hicieren, os conmovierais, y tan ajena de querer y desear nada de cuanto tienen y poseen vuestros prójimos, que antes os contentaríais que os tomasen de lo vuestro que tener ilícitamente de lo suyo, y tan casta y pura que en vos no reine jamás pensamiento deshonesto, y tan ajena de hablar en perjuicio de vuestros prójimos que estéis siempre aparejada para excusarlos y defenderlos. Cuando tengáis todas estas cosas, pensad que habéis mortificado el hombre viejo, y cuando

conoceréis vuestro corazón tan lleno de amor de Dios que nada ama fuera de Dios y si algo ama lo ama por Dios, y cuando sentiréis que en vuestra boca no hay cosa más dulce ni más sabrosa que el nombre de Dios, y cuando viereis en verdad que vuestra vida es un continuo sábado cristiano, y entonces podréis pensar y creer que habéis perfectamente vivificado al hombre nuevo, y no antes.

JULIA Mucha perfección es ésta en la que me queréis poner.

VALDÉS Aun cuando quisiese ponerlos en esta perfección, no os habría de parecer mucho, porque, pues Dios os ha dado tanta perfección en el cuerpo y en el ánimo según el mundo, no sería mucho que os dispusieseis para que él os diese también la perfección del espíritu según Dios. Cuanto más que no quiero ponerlos así de una vez, en ella, más os la muestro y convido a ella y os ruego que vayáis caminando por ella a vuestra comodidad, de tal manera que ni la prisa os fastidie, ni el descuido os haga volver atrás.

JULIA Con esto me dais la vida, bien que, a deciros verdad, me aprieta mucho haber de dejar algunas conversaciones con las que a veces tomo un poco de gusto, y algunas cosas curiosas con las que paso mi tiempo, porque temo que, si dejo estas cosas, caeré en algún humor melancólico que me hará vivir en continuo desabrimiento.

VALDÉS Menos quiero ser tan riguroso que os pida que las dejéis todas así de una vez. Bueno sería que las dejaseis, pero, si os es muy molesto, las podréis dejar poco a poco, más con tal condición que no os quedéis con ellas, y creedme, Señora, que conforme vais tomando gusto y sabor en las cosas de Dios, iréis teniendo por amargas y desabridas las cosas en que ahora encontráis placer y deleite.

JULIA En fin, bien veo que os andáis acomodando a mi debilidad para no desesperarme.

VALDÉS ¿Os parece que haga mal?

JULIA Antes me parece que es lo mejor que hacéis.

VALDÉS Por esto os parece bien, porque os queréis bien. Mas dejémoslo estar. Quiero, Señora, daros aún más licencia, porque la dificultad que se os representará en este camino no os haga volver atrás. Esta es que, si no podréis tan enteramente mortificar vuestros afectos y apetitos de tal manera Los que seáis absolutamente señora de ellos, al menos los regléis y moderéis de suerte que ellos no sean señores de vos. Los estoicos soñaron con no sé qué preceptos reducir una persona a tal que de ningún modo pudiese ser perturbada ni molestada por sus afectos, pero a esto no pudieron jamás llegar. El buen cristiano no ha de buscar ni procurar carecer de afectos, porque nunca lo conseguirá, ni es bien que lo consiga, sino debe buscar el ser señor de sus afectos de tal manera que sus perturbaciones y sus molestias de ningún modo le puedan separar de Dios. Esto digo considerando que el apóstol san Pablo, sintiendo estas perturbaciones y estas molestias, decía: «Infelix ego homo, quis me liberabit de corpore mortis hujus?», esto es: «¡Miserable hombre de mí!, ¿quién me librará del cuerpo de esta muerte?» Esto decía él, sintiéndose molestado y perturbado por sus afectos, y por eso deseaba estar libre de la prisión del cuerpo, aunque era tan señor de sus afectos y tan superior a ellos que, si bien lo solicitaban, nunca lo precipitaban. El cristiano imperfecto siente más estas perturbaciones y estas molestias, porque está más lejos de la mortificación del hombre viejo. Y así, aunque no es señor de sus afectos, no dejándose señorear de ellos, cayendo y levantándose y otras veces tropezando y no cayendo, camina a Cristo, y con tal que tenga siempre su intención enderezada a Cristo, fácilmente le perdona Dios sus tropiezos y sus caídas. Los que no sienten estas molestias ni estas perturbaciones son los que de tal modo se han dejado señorear de sus afectos que, sin contradicción alguna, desenfrenadamente corren en pos de ellos, A estos tales no los quiero poner en el número de cristianos, para no hacer esta injuria al evangelio de Jesucristo. Ahora, porque la guerra contra los afectos es dificultosa, y mucho más contra los interiores contra los que vos tenéis que combatir, quiero, Señora, que totalmente pongáis en vuestra memoria un Cristo crucificado, el cual llevéis siempre y en todo lugar ante vos por testigo de todas vuestras obras, palabras y pensamientos, y por escudo con que repararos contra los asaltos que os darán vuestros afectos y apetitos, y estoy cierto que de este modo no haréis ni diréis ni pensaréis cosa que sea contra la ley de Dios, porque tendréis vergüenza de ser vista de

Cristo, que lleváis con vos. Y aunque al principio no lo podáis llevar tan continuamente, con el tiempo estoy cierto que lo podréis hacer muy fácilmente, antes os digo que os será muy agradable y sabrosa esta tal compañía.

JULIA Así lo creo, y así espero en Dios que me lo concederá.

VALDÉS También quiero, Señora, de vos esto, que ninguna noche os durmáis sin examinar antes en qué obras, en qué palabras y en qué pensamientos habéis pasado aquel día, comenzando de la mañana y continuando hasta la noche, y examinando tanto las cosas pequeñas como las grandes, porque quien se deja vencer en las cosas pequeñas mejor se dejará vencer en las grandes. Y quiero que por el tiempo mal gastado y mal empleado os reprendáis a vos misma de todo corazón, conociendo en verdad haber sido causa de esto vuestra mala inclinación, y proponiendo tener al otro día más cuidado y más vigilancia sobre vos, y quiero que por el bien gastado deis gracias a Dios conociendo verdaderamente que lo que hay de bueno en vos es don de Dios, y lo que hay de malo es de vuestro caudal. Y cuando fuese posible hacer este examen con una persona espiritual, el fruto sería sin duda mucho mayor, pero me contento con que lo hagáis vos sola. Y por-que, todavía, a las buenas obras muchas veces nos movemos no puramente por Cristo, sino por algunos designios y contentamientos de nuestra sensualidad de tal manera que no nos lleva a ellas el amor de Dios, sino el amor propio, quiero, Señora, que aun de las que os parecieren buenas obras sospechéis, y que con esta sospecha las examinéis muy bien, porque, si fuese posible, querría que a todas ellas os movieseis pura y sinceramente por amor de Dios, y creedme que está tan metido este malvado amor propio que en todas Amor las cosas quiere su parte. Y por eso no querría que os contentaseis con cortarle, sino deseo que tan de raíz le arranquéis de vuestro corazón, que de ningún modo vuelva a crecer. Quiero más: que siempre que hablaréis con alguna persona espiritual, le comunicéis y hagáis parte de todas las cosas que os pasarán por la fantasía y de todos vuestros pensamientos, porque, si la persona es tal, os sabrá decir sobre cada una tales palabras que vos quedaréis muy satisfecha y muy contenta. Y quiero también que a todas las personas espirituales que conversarán con vos les deis licencia de que, sin vos pedírselo, os digan lo que sentirán y conocerán de vos en vuestras palabras y vuestras obras. Más aún, quiero que no solamente les deis licencia para esto, sino que les roguéis y les encarezcáis mucho que así lo hagan. Y sabed de cierto que de esto sentiréis un maravilloso fruto espiritual. Últimamente quiero, Señora, que de tantos en tantos días refresquéis en vuestra memoria la imagen e idea de la perfección cristiana, de la manera que aquí la hemos pintado, y que, poniéndola de una parte y poniendo de la otra lo que en este camino cristiano habréis ganado, consideréis bien cuán cerca o cuán lejos os halláis de aquella imagen de perfección, y hallándoos lejos, quiero que con un ímpetu amoroso y con una eficaz confianza os volváis a Cristo crucificado y le digáis con el corazón: «¡Ah, Cristo Jesús, Dios y Señor mío! Sopla, sopla, Señor mío, en mi alma el viento del Espíritu Santo tan eficazmente que con maravilloso ímpetu la lleve sin pararse, hasta que enteramente se halle toda transformada en esta perfección cristiana que tengo ante mis ojos.» Este es, Señora, el libro en el que deseo que vos continuamente leáis, porque en él aprenderéis más en un día que en todos cuantos hay en el mundo podríais aprender en cien años. Os digo que todo lo bueno que está escrito en tanto se gusta y entiende en cuanto al ánimo del que lee está dispuesto de este modo, tanto, que aun la sagrada escritura es veneno para el ánimo que no tiene esta humilde disposición que deseo que vos tengáis y que quiero que totalmente la tengáis, pues me habéis prometido que, si os pongo en un camino secreto por el cual vayáis a Dios sin ser vista del mundo, caminaréis por él. Y si el que os he mostrado no es de esta calidad, soy contento que no me cumpláis vuestra palabra.

JULIA Antes me parece tan secreto que en él no hallo otra dificultad mayor que el secreto, no porque no me parezca muy bueno ni porque yo tenga otra voluntad de la que tenía antes de caminar por él, sino porque es tan recóndito que como no le hallo la vuelta ni le veo con los ojos del cuerpo, no sé si acertaré a caminar por él.

VALDÉS Si no le halláis la vuelta, es porque todavía no habéis comenzado a caminar por él. Comenzad y veréis si le halláis la vuelta. Y si no lo veis con los ojos del cuerpo, abrid los ojos del alma y lo veréis. Y sabed cierto que de tener cerrados éstos proceden todos los males y pecados en que las personas caen en esta presente

vida, y no penséis que no acertaríais a caminar por él, porque lo acertaréis con tal que confiéis en Cristo y desconfiéis de vos misma, porque por ahí habéis de entrar y por ahí habéis de continuar vuestro camino. Y porque, entre las otras cosas que en él se os ofrecerán para impediros y disturbároslo la honra y el respeto del mundo, sin comparación Honra alguna, impiden más que todas las otras, y así creo cierto que lleva muchas más almas al infierno que otro cualquier afecto humano, quiero, Señora, que os persuadáis de que vuestra deshonor y vuestra honra dependen de vos sola, de tal manera que solamente vuestras malas obras os pueden deshonorar y solamente vuestras buenas obras os pueden honrar. Y de este modo, no poniendo vuestro honor en mano ni a merced de las personas del mundo, no tendréis ocasión ni de esperar de ellas la honra ni de temer de ellas la deshonor, y con esto conversaréis y trataréis con ellas con mucha libertad y mucho dominio interior. Esto es algo que decirlo parece muy fácil, y os prometo que es tan difícil que feliz quien se pone a hacerlo y felicísimo quien se sale con ello. Y porque después de este respeto del mundo lo que más impide a las personas que quieren caminar por este camino cristiano es la falsa persuasión que nos hemos formado, creyendo que en las cosas exteriores podemos hallar satisfacción y contento, quiero, Señora, que contra esta falsa persuasión vayáis armada con una cierta, firme y verdadera opinión. Esta es que certifiquéis vuestro ánimo que en ninguna cosa de las que no podéis alcanzar por vos misma sin tercera persona, ni menos de las que las personas del mundo os pueden dar o quitar, podrá jamás hallar entero contento o felicidad alcanzándolas, ni descontento o infelicidad perdiéndolas. Y así será que como no esperaréis hallar satisfacción ni felicidad en riquezas ni en estados ni en las otras cosas que el mundo y las personas del mundo dan y quitan, ni estimaréis infelicidad ser privada de aquello con que os halláis, no solamente no desearéis lo que no tenéis, sino que poseeréis de tal modo lo que tenéis que, cuando os fuese quitado, no pensaríais haber perdido nada. Esta misma consideración podéis extender a los padres, a los amigos y aun a vuestra propia persona, porque estando en este presupuesto, ni desearéis la sanidad del cuerpo, ni temeréis la enfermedad, ni desearéis la vida, ni temeréis la muerte, porque ni lo uno está en vuestra mano conservar, ni lo otro podéis huir. No digo que os hagáis tan insensible que no sintáis estos afectos, más digo que de tal modo los mortifiquéis que, aunque vuestro ánimo se resienta, no se altere ni se perturbe.

JULIA Esto me parece aún más dificultoso que lo otro.

VALDÉS Pero sabed, Señora, que esta consideración y la otra las he aprendido yo de un filósofo gentil, el cual, para estas cosas tan difíciles como vos decís, no buscaba sino no sé qué tranquilidad de ánimo. Ahora pensad vos si han de ser dificultosas a un ánimo cristiano, que las toma para caminar más desembarazado a Cristo y para salir de sí más presto y más de raíz para entrar en Cristo. Y por tanto os suplico, Señora, que antes que os pongáis a ejercitaros en ellas, no las tengáis por difíciles.

JULIA Gran cosa es tener que despojarse de estos afectos naturales que apenas se conocen.

VALDÉS Yo os diré que es tan grande que, sintiendo David la dificultad que hay no solamente en despojarse de ellos, sino en entenderlos y conocerlos, ruega a Dios que le limpie de sus cosas ocultas y secretas, que son estos afectos, y añade luego: «Y haz que tu siervo no sea vencido de la ambición». Consideraba el santo profeta que entre los afectos interiores y secretos la ambición, así como es más natural al hombre, así es más dañosa y es más secreta. Y por eso tan especialmente pide a Dios ayuda para vencerla.

JULIA Con razón. Pero os digo con verdad que lo que más temor me da cuando pienso en caminar por este camino que me enseñáis es que, habiendo siempre oído decir que Dios castiga con tentaciones y persecuciones a los que llegan a él, y hallándome yo muy débil para sufrirlas y resistirlas, pienso que no podré perseverar.

VALDÉS Me place que me hayáis dicho esto, porque estoy cierto que, haciéndoos volver la hoja y leer más adelante, a esto que habéis oído decir perderéis el temor que tenéis. Porque de tanto como eso os asegura san Pablo diciendo a los miedosos como vos que Dios es justo y fiel y que no consentirá de modo alguno que seamos tentados ni castigados más de lo que podrán resistir nuestras y fuerzas, y aun en esto dice que nos ayudará con su gracia para que más fácil y ligeramente resistamos. De manera, Señora, que podéis tener por cierto que en la vida presente no permite Dios que uno suyo sea más tentado, más castigado, ni más perseguido

de cuanto conoce que le bastará el ánimo a hacer resistencia. Y así a los más fuertes promete fuertes tentaciones, castigos y persecuciones, y con los débiles se conduce apaciblemente. El ejemplo de esto tenemos en Job, que del demonio por permiso de Dios fue tentado y perseguido cuanto su paciencia era bastante a soportar. Pero mirad que siempre tuvo Dios la mano al demonio que no le tocara en la vida, y así por esto como por lo que dice David, que los consuelos que Dios interiormente mandaba a su alma eran según las aflicciones y angustias con las cuales era atormentada, os podéis confirmar en esta verdad, que Dios castiga y aflige a los suyos tanto cuanto ve que podrán soportar, y no más. De manera que por este tanto no debéis dejar de tomar esta empresa cristiana, y, tomada, perseverar en ella hasta salir gallardamente con ella, pues es así, como dice san Pablo, que no reciben corona de gloria sino los que, caminando por este camino combaten contra sus adversarios valerosamente.

JULIA La vida me habéis dado con esto, porque os prometo que estaba fuertemente tentada de este temor.

VALDÉS Siempre, Señora, que os vendrán semejantes cosas a la fantasía, pensad que son por obra del demonio y resistidlas siempre con el escudo de la fe, y si con éste no podréis deshacer una tal imaginación, comunicadla libremente con alguna persona espiritual que veáis vos que la sabrá entender y entendida sabrá socorreros en ella.

JULIA De tales personas hay hoy tanta carestía como de moscas blancas.

VALDÉS Tanto más tenéis vos de qué dar gracias a Dios, pues os ha puesto en estado de que en esta carestía que decís tendréis lo que os será. También quiero otra cosa de vos. Guardaos de que por ahora no os ocupéis en leer ni en querer saber cosas curiosas, aunque sean santas, de manera que vuestro entendimiento curiosamente se ocupe en ellas. Porque para este principio os servirá mucho más la lección de cosas sencillísimas que os inflamen la voluntad, y creedme que no os digo esto sin mucha razón. Y porque en este ejercicio cristiano estoy cierto que conoceréis por experiencia la verdad de lo que aquí habéis oído de mí y otras muchas verdades cristianísimas y porque he visto por experiencia que muchas personas, luego que las conocen, las van hablando y comunicando sin consideración alguna, de donde nacen algunos inconvenientes, mirad, Señora, que en tal caso os sepáis gobernar sabiamente y procurad hacer como las buenas ovejas, que muestran al pastor la yerba que comen en la lana y en la leche que le dan, y no como las malas, que se la muestran tornándola a echar por la boca. Y os hago saber que la doctrina cocida y digerida en el ánimo hace su fruto, y que la que luego sale por la boca no alimenta al ánimo, y yo deseo que vos tengáis la doctrina en el ánimo, y no encima de la lengua.

JULIA Bien está, ayúdeme Dios en todo, y vos mismamente ayudadme a componer el hombre exterior, pues que tan bien me habéis mostrado cómo he de adornar el interior.

VALDÉS Adornad vos, Señora, primeramente el interior, y yo os prometo que no tendréis necesidad de mi consejo ni del de nadie del mundo para componer el exterior. Y para que me creáis esto, quiero mostrároslo por una semejanza, y si tuviere algo de repugnante, disimuladlo. Cuando un buen médico quiere sanar un cuerpo sarnoso, no comienza a curarle rayéndole la sarna de fuera, porque conoce que, si bien por entonces la quita, pronto vuelve a salir otra nueva. Ni menos comienza a curarle con unciones, porque conoce que, aun cuando la quite en la parte de fuera, se entra dentro del cuerpo y es causa de otra enfermedad mayor. Mas si el tal es buen médico experimentado, lo primero que hace es considerar la causa de donde procede esa sarna y, entendida, hace que el paciente o sarnoso tome por la boca las medicinas que conoce ser a propósito para sanar la indisposición del cuerpo de donde procede la sarna, porque conoce y sabe que, sanada la indisposición interior, sin dificultad alguna se cae la sarna exterior. De la misma manera cuando un médico espiritual quiere sanar un cuerpo vicioso o licencioso, no ha de empezar quitando las superfluidades exteriores, porque, como queda dentro la raíz del vicio, luego vuelven a salir las otras, si no por la misma parte, por otra quizá más peligrosa. Ni menos ha de empezar con unciones de ceremonias supersticiosas y obras exteriores, las cuales, aunque quiten los vicios exteriores, los meten en lo interior, y así la enfermedad es más peligrosa y más perniciosa. Pero si es médico experimentado, vistos los vicios y consideradas las superfluidades exteriores,

conoce la causa de donde proceden y conocida, pone las medicinas que le parece ser necesarias para sanar la enfermedad interior, porque sabe de cierto que, sanada, luego los vicios y superfluidades cesan. ¿Entendéis lo que quiero decir?

JULIA Del todo, y aunque hayáis hablado un poco de cosas sucias, como lo habéis dicho bien, os lo soporto. Y pues no me queréis decir nada de esto, decidme a lo menos cómo he de gobernar en las cosas devotas exteriores.

VALDÉS Tomad esta devoción interior que os ofrezco, y ella os gobernará en toda otra. Mas declaradme de qué devociones exteriores entendéis.

JULIA La misa, el sermón, la lección, la oración, el ayuno, la confesión, la comunión y la limosna. De cada una de estas cosas querría que, en todo caso, me dijeseis brevemente vuestro parecer en torno al modo que he tener de ejercitarme en ellas. Y no os excuséis, porque no os admitiré excusa ninguna.

VALDÉS En fin, vos, Señora, queréis ser siempre obedecida y tenéis razón. Por tanto, digo que debéis oír la misa con mucha atención. Y porque en ella La misa, hay tres cosas principales: la adoración del santísimo sacramento, la doctrina de la epístola y del evangelio, y las oraciones, podréis sacar fruto de las tres. De la adoración sacaréis un nuevo y ferviente deseo de incorporaros por fe y amor a la pasión de Cristo y matar vuestro hombre viejo por Cristo y resucitar vuestro hombre nuevo con Cristo. De la doctrina tomaréis siempre alguna cosa en qué pensar aquel día. De este modo, si oís que el clérigo dice el Evangelio que comienza, «In principio, erat verbum, cuando llega a aquello, dedit eis potestatem filios Dei fieri, his qui credunt in nomine eius, que quiere decir, “Dios dio facultad y potestad para que fuesen hijos de Dios todos los que creen en su nombre”, os podréis detener pensando en la suma bondad y misericordia de Dios con la cual llama a tan vil criatura a tan alta y excelente dignidad como es ser hija de Dios, y esto solamente por creer en Cristo. Mismamente, si oís leer la epístola de san Pablo que comienza, «Hoc sentite in vobis, quod in Christo Iesu, qui cum in forma Dei esset, &c.», que quiere decir, «Haced, hermanos, que vuestros ánimos tengan el mismo desprecio del mundo y de su propia estima que conocéis que tuvo Cristo Jesús, el cual siendo hijo de Dios se humilló a tomar hábito de siervo, con el que conversó aquí en el mundo», procurad deteneros pensando en la profunda humildad de Cristo, de tal manera que este pensamiento confunda vuestra soberbia y os haga toda humilde, deseosa de imitar la humildad y la mansedumbre de Cristo. De este modo podréis recoger siempre de la epístola o del evangelio alguna consideración con que quedaros.

JULIA Ya lo entiendo. Seguid más adelante.

VALDÉS De las oraciones tomaréis ocasión para elevar vuestra alma a Dios, rogándole interiormente que acepte lo que el sacerdote en nombre de toda la Iglesia le pide.

JULIA ¿Y os parece que deba oír misa cada día?

VALDÉS De los de fiesta, si es posible, no dejéis ninguno; de los otros, dejaréis solamente aquéllos en que, ocupada en alguna obra de caridad, no la podréis oír sin separaros de ella. A oír el sermón iréis con el ánimo humilde y obediente, como si fueseis a oír a Cristo. Y cuando oyereis decir al predicador alguna cosa que os parezca buena, con una secreta oración rogad a Dios que la imprima en vuestra memoria y os dé su gracia y favor con que la podáis poner por obra.

JULIA Y si el predicador es de los que se usan por el mundo, que no predicán a Cristo, sino cosas vanas y curiosas o de filosofía y de no sé qué teologías o de sus sueños y fábulas, ¿queréis que vaya a oírlo?

VALDÉS En esto haréis como mejor os parecerá. De mí os sé decir que en todo el año no paso peores ratos que los que pierdo en oír a algunos predicadores de esos que sabiamente habéis pintado, y así los oigo pocas veces.

JULIA Eso es no quereros ejercitar en la virtud de la paciencia.

VALDÉS Sea lo que se quiera, que en el púlpito querría yo oír predicar a Cristo, si fuese posible. Bien es verdad que, toda vez, por malo que sea el predicador, es bueno oírlo, aunque no sea sino porque, vista la necesidad que tienen las almas cristianas de oír la doctrina de Cristo, os inflaméis a pedir ardentísimamente a Cristo que envíe a su Iglesia predicadores que prediquen y enseñen pura y sinceramente su santísima doctrina. La lección ya os he dicho que por ahora querría que fuese de cosas sencillísimas que os inflamasen la voluntad y no os ocupasen el entendimiento. Y cuando leeréis en cosas de la Sagrada Escritura, habéis de pensar que habla Dios con vos, y por eso habéis de dirigiros a ella con ánimo humilde y obediente, y pensar que leéis no para saber razonar, sino para entender cómo habéis de vivir. En la sagrada escritura habéis de buscar medicina contra las tentaciones, a ejemplo de Cristo, que siendo tentado del demonio en el desierto, a cada una de sus tentaciones le respondió con un dicho de la sagrada escritura. En la misma habéis de buscar remedio contra las adversidades, contra las persecuciones y trabajos del mundo, porque, como dice san Pablo, todo lo que allí está escrito, está escrito para nuestra doctrina.

JULIA ¿Qué libros son los que llamáis sencillísimos?

VALDÉS De los que usé un tiempo son: un librito Libros que llaman De imitatione Christi, y el otro de Cassiano, y el de san Jerónimo de las Vidas de los eremitas, y pienso que todos estos están en vulgar. Esto es en cuanto a la lectura. La oración es un levantamiento del ánimo a Dios con deseo de alcanzar de él lo que le pide. El modo de orar y lo que se ha de pedir en la oración es cómo nos lo enseña Cristo por san Mateo, diciendo: «Cuando querréis hacer oración, no haréis como los hipócritas, los cuales acostumbran orar en las reuniones de las gentes y en los cantones de las plazas para ser vistos de los hombres, y os digo la verdad que ya los tales recibieron su galardón. Tú, pues, cuando querrás orar, éntrete en tu cámara y, cerrada tu puerta, haz tu oración a tu Padre, el que está en secreto, y tu Padre, el que está en secreto, te lo remunerará en público». Por estas palabras nos enseña Cristo que nuestra oración ha de ser secreta, tanto por huir la ambición como porque el ánimo quieto en lo exterior más fácilmente se aquieta en lo interior. Y dice en seguida Cristo: «Y cuando orareis, no gastéis muchas palabras como hacen los gentiles». Donde muestra que quiere en la oración pocas palabras, más mucha fe y mucho afecto. Después dice: «Por tanto, vosotros oraréis de esta manera: «Pater noster, qui es in coelis» etc. Donde nos enseña que en la oración no hemos de pedir cosas curiosas ni superfluas, sino solamente las que nos parecerán necesarias para la gloria de Dios, para la salud de las almas de nuestros prójimos y nuestras, y para sustentar nuestras vidas. El cómo hemos de orar nos enseña en otro lugar Cristo, diciendo: «Todo Mat. 1, lo que pediréis con confianza, os será dado». De modo que para que la oración sea buena ha de ser en secreto, con pocas palabras y con mucho afecto, y con honesta y justa petición y con entera fe y confianza de que Dios nos dará lo que le pediremos. También nos enseña Cristo en otro lugar que seamos importunos y que perseveremos en la oración. Y porque la oración vocal muchas veces enciende y levanta el ánimo a la oración mental, no querría, Señora, que os obligaseis a cierto número de salmos o de padrenuestros para que estéis siempre libre y que, enviándoos Dios en la oración alguna buena inspiración, os podáis detener en ella tanto cuanto sentís que vuestra alma le gusta.

JULIA Esto no lo entiendo, si no me lo declaráis por algún ejemplo.

VALDÉS Quiero decir que, si diciendo el Pater noster, llegáis a decir «adveniat regnum tuum» y en aquel lugar Dios os muestra la felicidad que el ánimo tiene cuando reina Dios en él, que os detengáis en esa consideración. Y de la misma manera que si, diciendo «cor mundum crea in me Deus, et spiritum rectum innova in visceribus meis», esto es, «Crea en mí, Dios, el corazón limpio y renueva en mis entrañas el espíritu recto», sentiréis que vuestro corazón comienza a inflamarse con deseo de esta limpieza y vuestras entrañas se comienzan a abrir, ansiosas de que el Espíritu Santo sea en ellas renovado, sin pasar más adelante, con un pensamiento de Cristo crucificado, aumentéis el fuego de vuestro corazón y abráis más las puertas de vuestras entrañas para que él quede limpio y ellas vayan llenas del Espíritu Santo. Esto haréis así, no habiándoos obligado a cierto número de salmos o de padrenuestros. ¿Lo entendéis ahora?

JULIA Perfectamente.

VALDÉS El ayuno en cuanto es abstinencia depende de la sagrada escritura y sirve a la caridad. Por tanto dejaré siempre a vuestra discreción que hagáis tanta abstinencia cuanta conoceréis seros necesaria para destruir al hombre viejo y vivificar al nuevo, y seré siempre de parecer que hayáis de establecer la abstinencia más en la cantidad de los alimentos que en la calidad, y de esta manera podréis siempre que queráis, ayunar sin que nadie lo perciba. En cuanto a los ayunos de la Iglesia, haréis como hacen los otros, que en esto no os doy regla alguna. Pero os quiero avisar de esto, que si los preceptos, como dicen, obligan según la intención del que los dio, yo pienso que son pocos los que cumplen el precepto del ayuno.

JULIA ¿Por qué?

VALDÉS Porque pocos cumplen el efecto que la Iglesia quiso que alcanzasen con el ayuno.

JULIA ¿De dónde sabéis esa intención de la Iglesia?

VALDÉS De lo que canta en el prefacio durante toda la cuaresma diciendo, «Qui corporali ieiunio vitia comprimís, mentem elevas, virtutem largiris et premia», esto es, «Tú, Dios, que con el ayuno corporal refrenas los vicios, levantas la mente, das la virtud y los premios». De donde parece que la Iglesia quiso que por medio del ayuno nosotros cristianos mortificásemos los apetitos sensuales, que nos incitan a los vicios y que levantásemos nuestras almas a Dios para que fuesen galardonadas con premios de virtudes cristianas. La confesión es una cosa tan espiritual e interna que podéis, Señora, creer que si leéis todo cuanto está escrito de ella, y si oís de ella hablar a los ángeles del cielo, no acabaréis de saberos bien confesar si antes Dios no mueve vuestro corazón al conocimiento de vuestra poquedad y miseria para que os humilléis ante la presencia de su divina majestad, y alumbra vuestro entendimiento e inflama vuestra voluntad al conocimiento de su infinita bondad y misericordia para que cordialmente creáis en Cristo y améis a Cristo. Esta verdad quiero, Señora, que os la persuadáis para que, cuando Dios tocará vuestro corazón y moverá vuestra voluntad dándoos conocimiento de que por vuestros pecados habéis perdido su gracia y engendrando en vos horror de ellos y deseo de confesarlos para volver a recobrar su gracia, estando cierta de que esto no lo podéis saber hacer sin favor y gracia de Dios, interiormente os encomendéis a Él, suplicando que abra los ojos de vuestro entendimiento para que con verdad os conozcáis y alumbre los ojos de vuestra alma para que enteramente os confiéis en Cristo y ardientemente améis a Cristo. Este es el primer aparejo que debéis hacer para confesaros, y porque, como os he dicho, a la confesión se ha de ir con profunda humildad y con firme fe y ardiente caridad, conviene, Señora, que a la humildad vayáis por el conocimiento de vos misma, en el cual debéis entrar profundamente de la manera que ya os he dicho, y que a la fe y caridad vayáis por el conocimiento de Dios, en el cual os ejercitaréis con las consideraciones que hace poco habéis oído.

JULIA Bien quisiera que me las volviéseis a repetir, si no fuese tarde.

VALDÉS Bastará que vos misma, vos sola, las traigáis a vuestra memoria. Hecho este segundo aparejo, quiero, Señora, que examinéis bien vuestros afectos y qué cosas os incitan que sean de calidad que os puedan separar de Dios. Este examen haréis poniéndoos ante la ley de Dios, entendida de la manera que aquí hemos razonado. Después de esto quiero que, poniendo de una parte los afectos desordenados que habéis conocido en vos, y de otra parte la ley de Dios, traigáis a vuestra memoria los ejercicios que habéis tenido, las cosas en las que os habéis ocupado, los negocios que habéis tratado, las personas con las que habéis conversado y de quienes habéis razonado, los libros en que habéis leído, los designios que habéis hecho y los pensamientos en los que os habéis deleitado, y quiero en todas estas cosas, tomándolas una por una, examinéis qué es lo que habéis hecho, dicho o pensado que sea o pueda ser contra la ley de Dios, comenzando del primer día y discurriendo hasta el día que os queréis confesar. Y quiero Omisión. más, que examinéis también lo que en todo este tiempo habéis dejado de hacer, decir o pensar que habría podido redundar en honra de Dios y en utilidad de vuestra alma y en ganancia espiritual o temporal de vuestros prójimos. Que, así como en lo que pecamos por cometer mostramos nuestra iniquidad y descubrimos nuestro mal ánimo con Dios y con nuestros prójimos, así, ni más ni menos, en lo que pecamos por omisión publicamos nuestra poca fe y menor caridad y el poco respeto y amor que tenemos a Dios y al prójimo, y, como hemos dicho, estamos obligados a amar a

Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a nosotros mismos. Hechos estos aparejos, y sintiendo vuestra alma ya humillada por el conocimiento de su propia malicia y malignidad y muy firme en la fe y muy inflamada en la caridad, con grandísimo horror de vuestros pecados, y sintiendo la molestia de vuestros afectos, os pondréis al pie del confesor, llevando aquel mismo desdén contra vos misma, y sintiendo aquella misma confusión, que si fueseis a pedir perdón a un gran príncipe del cual hubieseis recibido grandísimos beneficios y al cual malignamente hubieseis hecho terribles traiciones. Y así con esta tal preparación, abatiendo y echando por tierra la presunción y arrogancia humana, clara y abierta-mente le descubriréis todas las cosas en que conoceréis haber desobedecido a Dios por malicia, por ignorancia, por descuido y por debilidad. Y si el confesor es persona que sienta y guste las cosas espirituales, quiero que le manifestéis y descubráis los afectos que os mueven, inclinan y llevan a las Confesar ofensas y pecados, porque, siendo él tal, os dará tal consejo con el que los podáis mortificar.

JULIA Nunca oí decir tal cosa en mi vida, que de los afectos he de confesarme.

VALDÉS Si no los queréis confesar al sacerdote, confesadlos a Dios, diciendo con David: «Quoniam iniquitatem meam ego cognosco», y además, «Ecce enim in iniquitatibus conceptus sum, et in peccatis concepit me mater mea», esto es: «Porque yo conozco mi iniquidad», y más, «He aquí, pues soy concebido en iniquidades y en pecados me concibió mi madre». Y, Señora, cuanto más de mal se os hace el confesar que viven en vos estos afectos, tanto más y mejor los debéis confesar, porque más abajáis vuestra natural arrogancia y así os ejercitaréis más en la virtud de la humildad. Y advertid, Señora, que no quiero que seáis supersticiosa ni escrupulosa en la confesión, por- Ato saque os basta confesar al sacerdote las cosas que conocéis haber hecho con ánimo desobediente a Dios, de las cuales os doléis tanto que, conociendo que podéis vivir sin hacerlas, tenéis firme propósito y deliberación de no hacerlas jamás. Pero de los defectos, sin los cuales apenas se vive en esta presente vida, que son signos de ánimo no mortificado, os confesaréis continuamente a Dios, suplicándole que os favorezca con su gracia para que, hecha enteramente la mortificación de vuestro hombre viejo, cesen en vos esos defectos.

JULIA Esos defectos ¿no los he de confesar al sacerdote?

VALDÉS No por obligación, porque no son pecados que pertenezcan a la confesión, antes propiamente son de los que poco antes os dije que David ruega ser a limpiado, llamándolos defectos secretos. Hecha vuestra confesión de esta manera y tomada vuestra absolución del sacerdote, quiero, Señora, que refrescando en vuestra memoria la autoridad que Cristo dio a los sacerdotes, diciéndoles, «Todo lo que ligareis sobre la tierra, será ligado en el cielo, y todo lo que desatareis sobre íes, la tierra, será desatado en el cielo», creáis firmemente que Dios os ha perdonado todos vuestros pecados y os ha reducido a su gracia. Pero mirad que no quiero que penséis que, por eso os los ha perdonado, porque los habéis confesado, pues esto sería atribuiros lo que no es vuestro. Por esto quiero que penséis que Dios os los ha perdonado porque creéis en Cristo, amáis a Cristo y habéis colocado vuestra esperanza en Cristo, y que los habéis confesado porque Dios quiere que los confeséis.

JULIA Bien entiendo esto, más querría saber de vos qué opinión es la vuestra en torno a elegir al confesor.

VALDÉS Porque tengo por cierto que buena parte del fruto de la confesión consiste en el buen confesor, a quien pertenece no sólo dar la absolución, sino con gravedad y severidad reprender los pecados y animar al que se confiesa a las virtudes cristianas y darle remedios convenientes según la calidad de la persona para vencer los afectos y los apetitos que le inclinan a pecar, quiero, Señora, que empleéis toda vuestra prudencia, y toda vuestra autoridad en elegir un confesor que sea muy al propósito; si lo podréis hallar tal que por doctrina sepa y entienda el vivir cristiano y haya adquirido y verificado con la experiencia lo que haya leído en los libros, debéis anteponerlo a todos los otros y tomarlo. Con este tal comunicaréis vuestros defectos, porque, como bien experimentado, os sabrá dar consejos con los cuales, yendo mortificando los afectos, vayáis dejando los defectos. Y porque tal persona se halla pocas veces, cuando hayáis de hacer elección entre un letrado sin experiencia de este vivir cristiano y un experimentado sin letras, quiero que toméis más bien un experimentado, porque, así como os sabrá dar mejor razón del camino de aquí a Jerusalén una persona que

por haberlo caminado esté práctica en él, que otra que lo sepa por cosmografía, aunque la supiese más que Tolomeo, así os sabrá mejor introducir y llevar por el camino cristiano uno que ha ido y va que otro que lo ha leído y lee, el cual, porque como dice san Pablo, y no alcanza a las cosas que son del Espíritu de Dios, no puede en modo alguno llevar a otro por donde él no ha ido jamás. Y porque conozco que a vos os está mejor, quiero que elijáis más bien un confesor sin letras, pero con experiencia de las cosas espirituales, si tal lo podréis conocer, que uno con solas letras. Y en esto fiaos de mí, porque no hay mayor ciego que el que se persuade que ve. Y advertid, Señora, que así como quiero que al confesor experimentado en el camino cristiano le pidáis su parecer y consejo en todas vuestras cosas y en todas ellas le deis mucho crédito, y también me parece que del no experimentado no toméis más que la absolución. Esto digo, porque sé por experiencia que los tales muchas veces, queriendo hacer el sabio os dicen cosas que no pertenecen al oficio de verdadero cristiano con las cuales os hacen que contra vuestra voluntad los tengáis en poco, y esto no está por nada a propósito en ese tan alto sacramento. Pienso que en esto quedéis satisfecha.

JULIA Sí quedo, seguid más adelante.

VALDÉS De la sagrada comunión, en donde nosotros cristianos participamos del preciosísimo cuerpo y sangre de Jesucristo nuestro Señor, no quisiera deciros poco, porque, aun con deciros mucho, no creo será posible que yo quede satisfecho. Mas, considerando que falta ya poco de aquí a la noche y que gran parte de lo que he dicho sobre la confesión sirve para la comunión, pasaré brevemente en esto. Y así digo, Señora, que a la comunión os ha de llevar el ardiente deseo de uniros con Cristo con fe, con esperanza y con caridad, las cuales tres virtudes quiero que avivéis en vuestra alma cuando vais a comulgar, y quiero que vayáis fundada en humildad, la cual, como muchas veces os he dicho, adquiriréis por el conocimiento de vos misma. Quiero que vayáis llena de fe de tal manera que creáis firmemente que bajo aquellas especies está el verdadero cuerpo y sangre de nuestro Señor Jesucristo. El cual habéis de pensar que nos dejó aquí en el mundo para que siempre que aquellas especies se representasen a nuestros ojos corporales, refrescasen en nuestros corazones la memoria de su pasión, en la cual, mediante su preciosísima sangre, estableció un nuevo pacto entre Dios y los hombres derogando y anulando el viejo. Y el nuevo pacto es que nosotros hombres creamos ser justificados por la sangre de Jesucristo y que Cristo, perdonándonos nuestros pecados, nos justifica. Quiero más, que vayáis llena de confianza en la promesa de Cristo, muy segura de que ese alimento celestial os ha de dar mucha potencia y fortaleza para caminar animosamente por el camino cristiano, y os ha de asegurar y defender de los combates y asaltos de vuestros afectos y apetitos sensuales, y ayudar así a la mortificación del hombre viejo y a la vivificación del nuevo, porque habéis de tener por cierto que todos estos efectos y muchos otros más hace en el ánimo la santísima comunión del preciosísimo cuerpo y sangre de Jesucristo nuestro Señor. Y por esto tengo por cosa loable y útil la frecuentación de la comunión, más aún en las personas que, habiéndose puesto ante los ojos la idea de la perfección cristiana, han empezado a caminar hacia ella. Y así quiero que vos, Señora, luego que comencéis a caminar por este camino, comencéis también a frecuentar la comunión, yendo siempre a ella en el aparejo que os he dicho. Vuestra limosna será cuanta fuere vuestra caridad, pero mejor diré que en tanto será buena vuestra limosna en cuanto procederá de caridad pura y verdadero amor de Dios.

JULIA ¿Y no me daréis alguna regla que yo tenga en repartir mis limosnas?

VALDÉS No os daré otra regla sino la de la caridad. Amad a Dios y con eso sabréis cómo habéis de repartir vuestras limosnas.

JULIA Lo digo, porque el predicador dijo un día que, según el orden de la caridad, estábamos más obligados a nuestros prójimos que a nosotros mismos.

VALDÉS Lo que el predicador dijo es que la caridad bien ordenada comienza de Dios, y que ahí aprenden las personas cómo han de amarse y cómo han de amar al prójimo. Y dijo más, que quien está en caridad perfecta muchas veces pospone su interés particular por el bien del prójimo. Lo cual vemos en muchos lugares en san Pablo, quien dice que la caridad no busca sus cosas propias, y en cuanto al repartir la limosna, el mismo

san Pablo sin diferencia alguna dice: «Facite bonum ad omnes»; y queriendo algún tanto venir al particular dice: «pero mayormente a los buenos cristianos» ateniéndose a lo que dice Cristo, que al que recibe al profeta sólo porque es profeta da Dios don de profecía, y a quien recibe al justo sólo porque es justo, da Dios don de justicia. ¿Os parece que sean dones éstos de abandonarse?

JULIA Antes me he alegrado tanto de oír esto que me muero de gana de conocer alguna persona justa para hacerle mil caricias y mil bienes para ser yo también justa.

VALDÉS Gentil contradicción es ésta. ¿No veis que en este caso os moveríais por vuestro interés y no, como Cristo quiere, puramente por amor suyo? En fin veo, Señora, que os contentaríais con hacer cualquier cosa que Dios os mandase y quisiese de vos, con tal que os guardaseis vuestro amor a vos misma, y no me maravillo, porque en el mundo no hay cosa más dificultosa que hacerse la persona fuerza a sí misma, cuánto más en las cosas que pertenecen al ánimo, donde no bastan fuerzas exteriores ni industrias humanas. Mas al fin, queráis o no queráis, os prometo que habéis de dar vuestro amor a Dios.

JULIA ¡Qué enfado!

VALDÉS ¿Por enfado tenéis, Señora, que habiéndoos creado Dios para que le améis, y habiéndoos por tantas vías y maneras mostrado su amor, os pidió que le améis?

JULIA Dejadme estar con vuestras réplicas, que si tan prestamente lo pudiese hacer, os prometo que no sería tarda, pero se necesita venir por tantos rodeos a estos efectos que, para deciros la verdad, no sé cómo entendéis esto: Si Dios me mandaba que le diese todo mi amor, ¿por qué no me hizo él de suerte que lo pudiese hacer siempre que yo lo quisiera, así como le podría dar esta ropa?

VALDÉS La imposibilidad, o por decir mejor, la dificultad, nos viene del pecado original.

JULIA No puedo acabar de querer bien a ese Adán, Adán. cuando recuerdo los males y dificultades en que por aquel su pecado nos puso.

VALDÉS Volved la hoja, Señora, y cada vez que, pensando en esas dificultades y males, querréis mal a Adán, quered bien a Cristo que por su obediencia os habilitó para que pudieseis salir de los males y de las dificultades en que la desobediencia de Adán os puso.

JULIA Decís bien, más como experimento el mal de la desobediencia de Adán y no el bien de la obediencia de Cristo, no puedo volverme a amar a Cristo tan bien como me voy a querer mal a Adán.

VALDÉS También hallaréis otra cosa más bastante si la consideráis bien: que a Adán podéis querer mal haciendo vuestra voluntad y a Cristo no podéis querer bien sin contradecir vuestra voluntad, y que a Adán podéis querer mal amándoos a vos misma, y a Cristo no podéis querer bien si no dejando el amor propio con que os amáis a vos misma. De manera que, si queréis no querer mal a Adán y querer bien a Cristo, poneos a experimentar el bien de Cristo como experimentáis el mal de Adán, y poneos a contradecir vuestra voluntad y a dejar vuestro amor propio, y experimentaréis tan presto más eficazmente el bien de la obediencia de Cristo que ahora experimentáis el mal de la desobediencia de Adán.

JULIA ¡Qué pertinacia tenéis con este amor propio y con esta voluntad! Pues os prometo que no me amo tanto como pensáis.

VALDÉS No pienso que os amáis más de cuanto descubrí y manifestáis por vuestras palabras y me parece que, si no os amaseis a vos misma, no querríais mal a Adán.

JULIA Bueno, que no le quiero querer mal. Me andáis cogiendo en palabras de manera que me hacéis salir a decir lo que no pensé jamás que saliese de mi boca. Y pues por lo pasado saqué buen fruto de vuestras razones, no quiero que me quede nada, y así os quiero decir una cosa que más me tiene confusa y en que hallo más dificultad cuando quiero determinarme a entrar en este camino cristiano. Veamos qué salida me daréis y cómo

me la acomodaráis en el ánimo. El predicador dice que solamente acepta Dios las buenas obras que hacemos puramente movidos por el amor de Dios, sin que a ellas nos mueva ni temor. Cómo se a infierno ni deseo o amor de gloria, y esto creo yo cierto que sea así pues que el lo dice. Ahora, para decir la verdad y hablar con vos libremente, queriendo yo examinar bien mi ánimo, hallo que no me movería a obrar cosa ninguna si no fuese por temor a ese infierno y a veces por amor a la gloria, pero ninguna por puro amor a Dios, porque sé de mí que, si no hubiese infierno ni paraíso, me lo pasaría bien en este mundo viviendo y en esta vida moral y loable a los ojos del mundo como he vivido hasta aquí sin cuidarme de buscar más adelante. Ahora, siendo esto así como en verdad lo conozco en mí, y siendo verdad lo que el predicador dice hallo por mi cuenta que todo lo que yo haré de esta manera, será perdido, pues en efecto conozco que no me muevo a ello por amor de Dios sino por amor mío. No sé cómo me sabréis acomodar esto.

VALDÉS ¡Si pudiese echar de vuestro ánimo todo vuestro amor propio como sabré acomodar eso!

JULIA ¡A la prueba!

VALDÉS Tenéis, Señora, un esclavo comprado con vuestros dineros, y aunque es vicioso, malvado y mal inclinado, le queréis bien y para que no ponga en efecto sus maldades y vicios, le amenazáis continuamente con la galera y con otros fuertes castigos. Si este tal esclavo tiene ingenio, por no ir a galeras y por no ser castigado, y aun entendiendo que le hacéis aquellas amenazas por bien suyo, no solamente trabaja por refrenar sus vicios y vencer sus malas inclinaciones, sino que comienza a quereros bien. Conociendo vos esto, comenzáis a tratarlo bien. El, sintiendo y gustando el buen trato y la afición que le tenéis, comienza también a servirlos con diligencia para que le honréis y le deis lo que necesita. Lo hacéis, y así cuanto más le mostréis el amor que le tenéis, tanto más crece en él el amor y voluntad que tiene de servirlos. De modo que ya no se abstiene de los vicios y maldades por temor a la galera ni es diligente en vuestro servicio por el buen trato que le hacéis, sino por la buena voluntad y afición que conoce, que le tenéis, y aunque no hubiese galeras y aunque no le pudieseis tratar bien, no dejaría de servirlos, porque se halla obligado por lo pasado y porque conoce en vos que merecéis ser servida y obedecida. Entonces vos viendo la bondad del esclavo, dándole carta de libertad, le hacéis libre, y ya él os obedece por amor y no por temor, y os sirve como libre, y no como esclavo, y por gratitud y no por interés. De este mismo modo se porta Dios con nosotros, porque conoce la mala inclinación, la malignidad y la iniquidad del que somos herederos por el pecado de nuestros primeros padres, queriéndonos bien por habernos criado y redimido con la preciosísima sangre de su hijo nuestro Señor Jesucristo, y para que no pongamos en ejecución nuestros desordenados apetitos, nos pone delante el infierno. Y de aquí nacen las continuas amenazas de que está llena la Sagrada Escritura. Los que de nosotros abrimos los ojos y creemos que hay infierno y sabemos de cierto que Dios hará lo que dice en castigar nuestros vicios con las penas del infierno, trabajamos por apartarnos de los vicios para no incurrir en la pena, y mismamente porque de algún modo conocemos que Dios nos ama. Y en tal caso, aun cuando no nos movamos por puro amor, todavía Dios, vista nuestra obediencia, nos abre más los ojos a fin de que conozcamos el bien del paraíso. Lo conocemos, y deseándolo comenzamos a aplicarnos a hacer la voluntad de Dios para que nos dé su gloria. Entonces, aceptando Dios nuestra buena voluntad, nos abre más los ojos para que conozcamos de una parte nuestra malicia y de otra su infinita bondad. Con este conocimiento comenzamos a enamorarnos de Dios y a obedecerle y servirle no ya por miedo al infierno ni por amor a la gloria, sino solamente porque hemos conocido que él es digno de ser amado y que infinitamente nos ama. Entonces Dios nos da carta de libertad, y nosotros no salimos de su servicio por haber tenido la libertad, antes le estarnos más sujetos y más obedientes, pero no como esclavos sino como libres, no como mercenarios sino como hijos, y en esto consiste la libertad cristiana. ¿Os ha satisfecho esto?

JULIA Sí, mucho, mucho, y sólo me queda una duda: cuál es la razón de que aun cuando muchas personas sirven con temor como esclavos y por interés como mercenarios, jamás llegan a servir como hijos con la libertad que vos decís.

VALDÉS Es que cuando sirven como esclavos y cuando sirven como mercenarios, se tienen y juzgan ser perfectos y, no buscando otra perfección, se quedan siempre en esa servidumbre, como dice san Pablo, que no

teniendo noticia de la justicia con la Rom. lo, cual Dios justifica a los que en él creen, y queriendo justificarse por sus obras, no llegan jamás a parte de la justicia de Dios. Por tanto es menester, Señora, que reduzcáis a vuestra memoria lo que os he dicho, que conviene tener siempre delante la idea de la perfección cristiana de la manera que os la pinté y mejor, si mejor podéis tanto para pensar que no habéis de cesar en ese camino cristiano hasta que os halléis muy cerca de ella, como para que siempre que cotejaréis vuestra perfección con ella os tengáis por imperfecta y no presumáis de vos, antes tengáis siempre causa legítima para humillaros, porque, así como los ángeles malos perdieron la gloria por soberbia, así quiere Dios que nosotros la ganemos por humildad.

JULIA Al fin quedo satisfecha de esto, y con dos palabras que me digáis de la libertad cristiana, os dejaré ir con Dios.

VALDÉS Sabed, Señora, que la libertad cristiana es algo que, por mucho que se razone y por bien que se practique, no se puede jamás entender sino por experiencia, de manera que tanto sabréis de ella cuanto experimentaréis en vuestra alma, y nada más. Por tanto, Señora, si la queréis aprender, poneos a experimentarla y no tendréis necesidad de que yo os la diga. Pero todavía os quiero decir esto, que, según parece por lo que dice san Pablo: «siendo yo libre de todas las cosas, me hice siervo de todos para ganarlos a todos para Cristo», la libertad del cristiano está en la conciencia, porque el verdadero y perfecto cristiano es libre de la tiranía de la ley, del pecado y de la muerte y es señor absoluto de sus afectos y de sus apetitos. Y, por otra parte es siervo de todos en cuanto al hombre exterior, porque está sujeto a servir a las necesidades de su cuerpo y a tener sujeta su carne y a servir a sus prójimos según su posibilidad, o con sus facultades si las tiene, o con buena doctrina si la alcanza, y con ejemplo de buena y santa vida. De manera que una misma persona cristiana, en cuanto al espíritu es libre sin reconocer otro superior que Dios, y en cuanto al cuerpo está sujeta a todas cuantas personas hay en el mundo por Cristo.

Ya, Señora, habéis entendido de dónde nace la confusión de ánimo en la que hasta aquí habéis vivido, y juntamente el remedio que podréis tomar para ella. Habéis entendido de dónde os viene la contradicción que desde que oísteis al predicador sentís dentro de vos, y la manera como os podréis librar de ella. Os he pintado la idea de la perfección cristiana. Os he mostrado doce pasos por los cuales comenzaréis a caminar hacia

Cristo sin ser vista del mundo. Os he satisfecho algunas dudas que se os han ocurrido. Últimamente habéis entendido en qué consiste la libertad cristiana. Resta ahora que comencéis luego desde esta noche, a hacer prueba de vos en esos pasos que os he enseñado. Porque quiero que mañana me digáis lo que de ellos os parece. Y mirad que siempre roguéis a Dios que os guíe y encamine con su gracia sin consentir jamás que os apartéis de él. Porque éste es el camino para llegar a la perfección cristiana y para gozar la libertad cristiana, a la cual cuando seréis llegada, podréis con verdad decir con el profeta David: «Dominus regit me et nihil mihi deerit. In loco pascuæ ibi me collocavit». Esto es: «El Señor es mi guía, no me faltará cosa alguna. Él me ha puesto en buena dehesa».